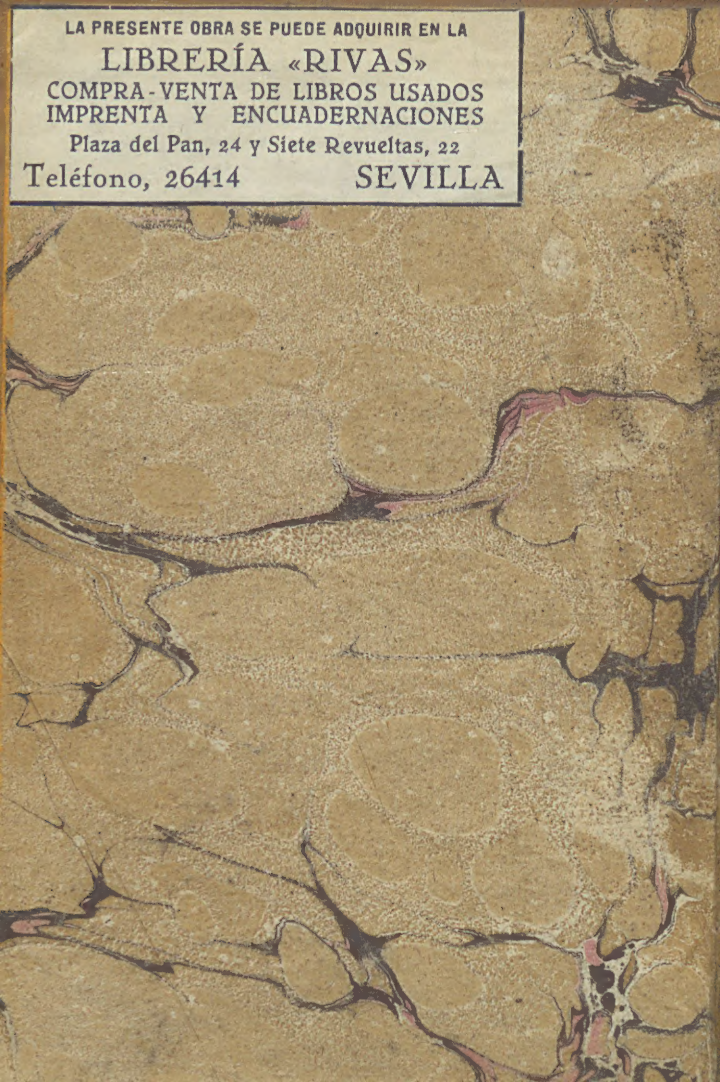
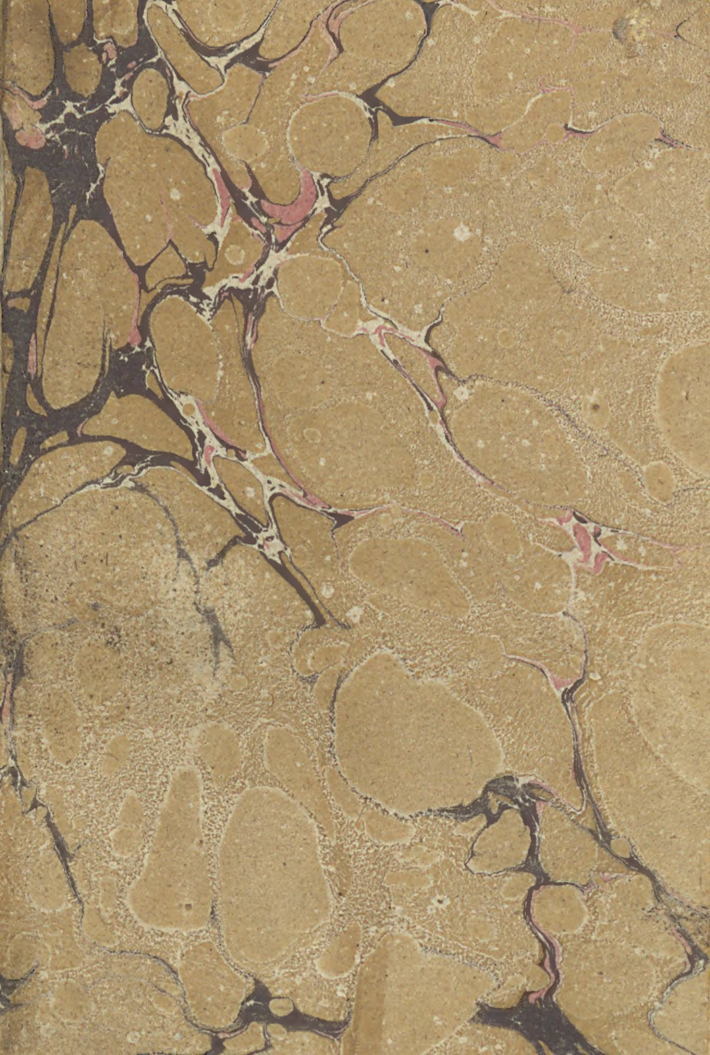



LA PRESENTE OBRA SE PUEDE ADQUIRIR EN LA
LIBRERÍA «RIVAS»
COMPRA-VENTA DE LIBROS USADOS
IMPRENTA Y ENCUADERNACIONES
Plaza del Pan, 24 y Siete Revueltas, 22
Teléfono, 26414 SEVILLA



NUEVA COLECCION

DE NOVELAS

DE DIVERSOS AUTORES,

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO DOCE.

Esta coleccion de novelas es propiedad de T. Jordan, *y se hallará de venta en su librería.*

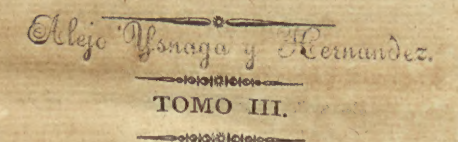
CARLOS EL TEMERARIO,

ó

Ana de Geierstein,

HIJA DE LA NIEBLA.

Por Sir Walter Scott.



TOMO III.



MADRID: setiembre 1831.
Imprenta, librería, almacen de papel y estampado de *Jordan*, calle de la Concepcion Gerónima.

CARLOS EL TEMERARIO, ó Ana de Geierstein, HIJA DE LA NIEBLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nuestros abuelos fueron
Los que este oscuro calabozo hicieron.

Comedia antigua.

La prision en que fue puesto Arthur Philipson, era uno de aquellos oscuros calabozos que atestiguaban la crueldad de aquellos siglos de barbarie, en los cuales parece se confundia la sospecha con el crimen; pues una simple acusacion producia entonces, consecuencias mucho mas severas que hoy en dia el verdadero delito.

El calabozo en que estaba Arthur, era bastante largo, pero estrecho y abierto en la peña viva sobre que descansaba la torre: no tenia luz alguna, y asi hubieron de dejarle como un favor particular, una lamparita, pero sin que le desatasen, y habiendo pedido un poco de agua, uno de aquellos feroces satélites que le habian conducido le contestó con agridez: que para lo poco que le restaba de vida, bien podia sufrir la sed. Esta triste respuesta sirvió para darle á conocer que su sed duraria tanto como su vida, aunque para terminar en breve la una y la otra. Ayudado con el resplandor de la lámpara, se adalantó hácia un poyo toscamente trabajado en la piedra, y descubrió aunque confusamente una ancha abertura, semejante á la boca de un pozo, aunque de figura irregular, que habia en el suelo del mismo calabozo; y que parecia mas bien que otra cosa, la entrada de un abismo formado por la naturaleza y agrandado con el trabajo del hombre.

— ¡Este será sin duda mi sepulcro, se dijo á sí mismo; y en este abismo quizás se sepultarán mis restos! pues tengo oido que en semejantes precipicios se arrojaba á los prisioneros

con el fin de darles una muerte lenta y penosa en el fondo de tales simas, despues de haber padecido atrozmente en su caida, muriendo asi sin el cousuelo de una lágrima ni de un pesar de la amistad.

Sin embargo, se acercó el joven á aquella fatal caverna, de la que salia un lejano ruido parecido al que hace el agua cuando pasa por sitios subterráneos, y cuyo rumor le parecia amenazaba á su vida. La muerte es espantosa en todas las edades del hombre, pero lo es principalmente en su primavera, cuando el hombre empieza á conocer su existencia; verse entonces arrebatado repentinamente del banquete en que acaba de tomar asiento, es la pena mas amarga que se puede imaginar: pero estar sentado como Arthur en el borde de un precipicio, revolviendo en su imaginacion la triste duda de la forma de muerte que le aguardaria, es sin contradiccion una horrible incertidumbre, capaz de abatir al hombre de mas valor, asi es, que el joven inglés, no pudo contener sus lágrimas, que precipitadas corrian de sus ojos, careciendo aun del consuelo de podérselas enjugar, por tener atadas las manos. Ya hemos dicho, que aunque Arthur

era un joven intrépido, tenia no obstante una imaginacion viva y ardiente, cápaz de dejarse llevar de todas las exageraciones de que era susceptible su triste situacion, mirándose como una víctima destinada al sacrificio.

Pero al mismo tiempo, Arthur nada tenia de egoista; y asi sus pensamientos se dirigian principalmente á su padre, cuyo carácter noble y justo, parecia formado para conciliar el respeto con el amor filial. Se hallaba tambien entre las manos de aquellos verdugos incapaces de remordimientos, y dispuestos á valerse del asesinato para ocultar el robo. Aquel buen padre que habia manifestado tanto valor en todos los peligros y tanta firmeza en diferentes ocasiones, se hallaba como él, atadas las manos y espuesto á los golpes del hombre mas vil y despreciable que podia hacerle asesinar.

Arthur se acordó tambien de la cima del peñasco inmediato á Geierstein, y del feroz buitre, que parecia haberle mirado como su presa, pero en el oscuro calabozo donde se hallaba, no podia esperar un alma benéfica, que como Ana, saliendo de entre espesos vapores, le señalase el camino que habia de seguir para libertarse. En este lugar subterráneo, no ha-

bia que esperar claridad, y la opaca luz de la lámpara solo podia dejarle ver el acero homicida de algun infame que viniese á descargar sobre él un golpe fatal. Arrebatado con estos pensamientos, se levantó haciendo violentos esfuerzos para desatarse; pero las cuerdas eran tan fuertes, que agotadas sus fuerzas con inútiles tentativas, perdió el equilibrio y cayó de espaldas muy inmediato á la fatal sima.

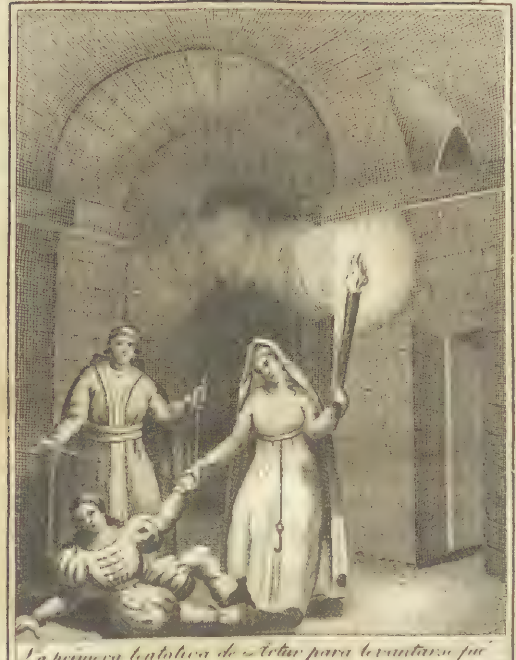
Felizmente se libertó del riesgo que temia, aunque faltó tan poco para que cayese en el abismo, que su cabeza dió contra el borde algo elevado de aquella avertura, cuyo golpe le hizo quedar como aturdido por algunos instantes, habiéndose aumentado la tristeza de su posicion con la caida de la lámpara, que hizo rodar con los pies. En tan crítica situacion, el rechinar de la puerta que se abria con dificultad, llamó toda su atencion.

¡Ellos son! ¡asesinos! ¡Dios mio, tened misericordia de mí!

Volvió los ojos hácia la puerta, quedando algun tanto deslumbrado con la claridad de una antorcha que traia un hombre vestido de negro, el cual adelantándose, mostraba un puñal que traia desnudo. Si hubiera venido solo,

sin duda alguna el desgraciado prisionero le hubiera creido su asesino; pero no era asi, pues le acompañaba otra persona. La luz de la antorcha le facilitó á Arthur el poder distinguir claramente el trage blanco de una muger, y aun le hizo reconocer las facciones de una persona que nunca podia olvidar, y que se le presentaba en una ocasion tan crítica. Su admiracion fue tan grande, que le hizo olvidar su situacion: ¿es posible? ¿pueden suceder cosas semejantes? se preguntaba á sí mismo. ¿Tendrá por ventura un poder sobrenatural? ¿ó habrá hecho salir del fondo de las tinieblas á ese diablo negro con el fin de que la ayude á libertarme?

Sus congeturas parecieron realizarse, pues el hombre vestido de negro alargando la antorcha á Ana, ó á aquella vision que toda se la parecia, se inclinó hácia el prisionero, cortando la cuerda que le tenia ligadas las manos, con una destreza tal, que parecia mas bien haberla roto con solo tocarla. La primer tentativa de Arthur para levantarse, fue inutil; pero á la segunda, la mano perceptible de Ana de Geierstein, le ayudó á sostenerse, como lo habia hecho ya otra vez, sobre el espantoso torrente. El contacto de aquella mano queri-



La primera tentativa de Artur para levantarse fué inutil: pero la segunda la mano de Ana le ayudó á sostenerse.

da, produjo en Arthur un efecto, mucho mas poderoso que el corto ausilio que le prestaban las fuerzas de Ana, y asi reanimando su corazon adquirió nuevas fuerzas en sus miembros desfallecidos; tal es la influencia de la fuerza moral en la física. Iba á dirigir á la joven las espresiones del mas tierno reconocimiento, pero la voz espiró antes de salir de su boca al ver que aquella joven misteriosa, poniendo un dedo sobre sus labios, le hacia seña de que callase, indicándole al mismo tiempo que la siguiese: obedeció el joven, lleno de sorpresa, y en el mayor silencio. Luego que estuvieron fuera del fatal calabozo, atravesaron diversas galerias, que formaban una especie de laberinto; y de las cuales, unas estaban abiertas en la misma peña, y otras formadas con gruesas piedras, y sin duda conducian á otros encierros, semejantes al que acababa de dejar Arthur.

La idea de que su padre pudiese estar encerrado en alguna prision horrible, parecida á la que él habia ocupado, le hizo detener al concluir una escalerita de caracol, que parecia conducir á la parte superior de aquella porcion del edificio.

-- Ana querida, la dijo en voz baja: conducidme para que pueda libertarle; yo no puedo resolverme á dejar á mi padre.

La vision meneó la cabeza con ademan impaciente, haciéndole señas para que siguiese marchando.

-- Si vuestro poder no se estiende hasta mi padre; no saldré de aqui hasta haberle salvado, ó pereceré con él.

Ana no respondió, pero sí su compañero, el cual con voz bronca y muy conforme á su esterior, le dijo: -- joven, habla á los que tengan licencia para responderte, ó calla, que será lo mejor, y sigue mis consejos: este es el único medio de asegurar la libertad y la vida de tu padre: diciendo esto, subieron la escalera, marchando Ana, la primera, y siguiéndola Arthur, que no podia menos en aquel momento de revolver en su imaginacion mil ideas confusas, respecto á aquella joven, á lo que contribuia no poco la historia de su abuelo, que Rodulfo le habia contado. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre aquella aparicion; pues desapareció apenas llegaron á la meseta. ¿Era acaso efecto de encanto, ó se habia dirigido por otro corredor? esto

era lo que el inglés no podia decir, ni su guia le dió tiempo para pensar en ello muy despacio; pues habiéndole señalado el camino que debia seguir, apagó la antorcha, y asiéndole del brazo, le hizo entrar en una oscura galeria sumamente larga. Nuestro joven no pudo evitar cierta inquietud al recordar el aspecto sombrio de su conductor y el puñal que llevaba desnudo en la mano, y con el cual tan fácilmente podia quitarle la vida; pero no le era posible temer una traicion de parte de un sugeto que habia visto en compañia de Ana, á quien pidió perdon en el fondo de su corazon de aquel temor que acababa de esperimentar. Dejose, pues, conducir de su guia, quien se adelantaba á paso acelerado y con el mayor silencio, habiendo encargado á Arthur que hiciese lo propio.

— Ya hemos llegado al término de nuestro viaje, dijo el conductor, abriendo al mismo tiempo una puerta, que conducia á un aposento gótico al rededor de cuyas paredes habia muchos estantes llenos de libros y papeles. Arthur quedó deslumbrado con la claridad del sol; pues habia estado privado de la luz natural, hacia algun tiempo, y volviendo la

cabeza no vió ya la puerta por donde habian entrado, aunque esto no le admiró mucho, porque creyó que tal vez estaria cubierta con algun estante semejante á los que cercaban toda la pieza. Con la claridad del dia, desapareció lo sombrio de su conductor, en quien solo vió el joven ingles un hombre regular, vestido de negro.

El joven Philipson empezó entonces á respirar con mas libertad, y semejante á un hombre que se despierta, despues de un profundo sueño. Las ideas superticiosas, que habia hecho nacer en su imaginacion, la inesperada venida de Ana de Geierstein, empezaron á desvanecerse y dirigiéndose á su libertador le dijo; para saber á quien debo dar las gracias, debidas á tanto favor, decidme si Ana de Geierstein.....

— Habla de lo que te toque á tí, o á tu familia, contestó el conductor, ¿ó has olvidado el riesgo en que está tu padre?

— ¡Oh Dios mio! ¡de ningun modo! esclamó Arthur; decidme que debo hacer para libertarle, y vereis como un hijo combate por su padre.

— Asi debe ser, dijo el guia, ahora ponte es-

te trage y sígueme: y diciendo esto le alargó una túnica negra con una ancha capucha, á manera de un dominó.

— Tápate bien la cara, y á cualquiera que encuentres no le respondas, que yo hablaré por tí, dijo el guia: sígueme al lado y no hables.

Concluido el disfraz que se terminó brevemente, Arthur y su conductor, salieron de aquella biblioteca ó cuarto de estudio, bajaron una escalerita, y se hallaron al instante en una de las calles de la Férette. Un movimiento involuntario, hizo que Arthur volviese la cabeza para mirar á tras, y á penas tuvo tiempo para observar que la casa de donde acababan de salir, era un pequeño edificio gótico, situado á la inmediacion de la torre principal, que defendia la entrada de la villa.

— Sígueme, jóven, dijo el conductor con voz grave echando al mismo tiempo una mirada á Arthur, que le hizo recordar lo crítico de su situacion.

Prosiguieron, pues, en silencio su camino sin que nadie reparase en ellos, hasta que habiendo llegado al medio de la ciudad, el guia tomó una callejuela que se dirigia á la parte del norte, y á cuyo estremo se encontraba una

escalera; la cual segun costumbre de las ciudades fortificadas, conducia al terraplen, flanqueado segun estilo gótico en todos sus angulos, y de distancia en distancia con muchas torres diferentes todas en hechura y magnitud.

En todas partes se veian centinelas, pero no eran soldados sino vecinos de la ciudad, armados de espadas y javalinas; los cuales ó no reparaban en aquellos dos hombres dejándolos pasar sin hablarlos palabra, ó lo mas, los saludaban con demostraciones de atencion. Por último, llegaron á una torre pequeña y medio derribada, la cual tenia en uno de sus lados una puertecilla que daba á la muralla. Hallábase situada en un ángulo, apartado de todos los demas, y ningun punto la dominaba. En cualquier fortificacion de consecuencia semejante parage debiera ser bien custodiado, ó á lo menos vigilado con un centinela; sin embargo alli no habia ninguno.

-- Escuchadme ahora y con atencion, dijo el guia, pues la vida de vuestro padre, y quizas la de otros muchos, dependen de vuestra prontitud y cuidado. ¿Sabeis correr? ¿Podeis saltar?

-- No siento ya ningun cansancio, desde que

me veo fuera de aquel negro abismo, contestó Arthur, y los gamos que tantas veces he perseguido á duras peñas, no me alcanzarian ahora, si tratasen de seguirme.

— Pues atiende: esta torre en la cual vas á entrar contiene una escalera que conduce á una poterna de salida; la cual está ostruida por la parte interior, pero la puerta no tiene llave: luego que salgais llegareis al foso, que está casi seco, atravesado el cual, estareis cerca de la muralla esterior; si veis en ella algunas centinelas no os dé cuidado, porque no os verán; no les hableis palabra, y saltad la empalizada, lo mejor que podais. Supongo que os atrevereis á subir á un baluarte que no tiene quien le defienda.

— Y aun cuando tuviera, me arriesgaria ¿pero qué debo hacer despues?

— A alguna distancia vereis un bosquecillo, ó por mejor decir, un grupo de espesos matorrales, corred á él con toda la ligereza que podais, cuando hayais llegado torced hácia el oriente, pero tened cuidado de que no puedan veros los soldados borgoñeses que están de centinela en aquel lado de la muralla; pues si llegan á descubriros, una descarga de flechas, y

la salida de un destacamento de caballeria que os persiga, serán la consecuencia inevitable, y ved que tienen ojos de Agúila que vé su presa de lejos.

-- Pues bien, pondré todo mi cuidado.

-- Al otro lado de ese bosquecillo, hallareis un camino, o mas bien una estrecha senda que alejándose insensiblemente de los muros de la ciudad, va á reunirse con el camino de Bâle. Corred hasta encontrar á los suizos, que ya no distan mucho, y decidles, que estan contadas las horas de la vida de vuestro padre, y que si quieren salvarle es preciso se den prisa. Sobre todo no degeis de decir á Donnerhugel, que hay quien le espera en la poterna del Norte. ¿Habeis entendido bien lo que os he dicho?

-- Perfectamente, contestó Arthur.

El conductor abrió la puertecita de la torre, y entró en ella con el joven, que se dirigió prontamente á bajar la escalera.

-- ¡Aguardad un momento! le dijo el guia, y quitaos ese trage, que no haria mas que incomodaros.

-- En un abrir y cerrar de ojos, se deshizo Arthur de su capucha y túnica, disponiéndose de nuevo á partir.

— Esperad todavia un poco, replicó el conductor negro: este trage si le viese alguno podia ser un testigo contra nosotros, Ayudadme á desnudar.

Arthur, aunque lleno de impaciencia, conoció la necesidad de obedecer á su guia, el cual despues de haberse quitado su largo trage negro, se vistió la ropa que acababa de dejar el joven, volviéndose á poner luego encima el suyo.

Hecho esto, dijo el guia, ¿qué esperas, joven insensato, cuando la vida ó la muerte depende de tu ligereza?

El joven inglés no aguardó segundo aviso; bajó, ó mas bien saltó la escalera, y llegó á la poterna, la cual efectivamente no estaba cerreda mas que con una barra de hierro, que no le opuso otra resistencia, sino el mucho moho de que estaba cubierta. Abrió la puerta y se encontró á la orilla del foso, cuyo fondo se presentaba cenagoso y cubierto de verdin, pero sin detenerse en examinar la profundidad del foso, ni hacer caso del barro glutinoso en que á cada paso se resbalaba le atravesó y suvió á la otra orilla, sin llamar la atencion de dos vecinos de la Férette, que estaban de guar-

dia en aquella barrera. Uno de ellos estaba muy embebido en la lectura de un libro que tenia en las manos, y el otro estaba mirando al foso con tanta atencion como si buscase anguilas ó ranas, pues llevaba un cestito que parecia propio para semejante pesca.

Viendo pues Arthur, que segun le habia advertido su conductor, nada tenia que temer corrió hácia la empalizada con la esperanza de que asiéndose á las puntas de las estacas, podria saltarla de un solo brinco, pero sus fuerzas no correspondieron á sus deseos y sin duda los lazos con que habia estado atado, ó la caida que habia dado se las habian disminuido, lo cierto es que no pudo saltar la empalizada, y volvió á caer hácia atras: al levantarse vió á un soldado vestido de amarillo y azul, que eran los colores de que usaba Agembach, correr hácia él, dando voces á los negligentes centinelas: ¡alarma! ¡alarma! detened á ese fugitivo, perros holgazanes, ¿ó estais muertos los dos?

El pescador arrojó la cesta, sacó su espada, y se dirigio hacia Philipson, aunque sin apresurarse. El que leia fue mas desgraciado; pues se dio tanta prisa á cerrar su libro y á tomar

una aptitud imponente atravesándose al paso del soldado que venia corriendo con toda su fuerza, que dando un encontron impensadamente los dos vinieron al suelo. El habitante de la ciudad era un hombre grueso, y asi su propio peso le sirvió para no rodar al foso como lo hizo el soldado, que mas ligero y queriendo evitar el choque fue á dar en el lodazal de que estaba cubierto aquel. El pescador y el lector se dirigieron con sobrada lentitud á socorrer á su compañero, que en vano se esforzaba en salir de aquel pantáno. Arthur entre tanto, estimulado por el riesgo, reunió todas sus fuerzas y agilidad para saltar la empalizada, como en efecto lo verificó, corriendo en seguida apresurado hácia los matorrales que se le habian indicado, y que no distaban mucho, habiendo conseguido llegar á ellos, sin que se oyese en la muralla ningun grito de alarma; sin embargo conoció lo espuesto de su situacion, pues á lo menos un soldado le habiá visto huir, y era de creer que aquel no dejase de dar parte, luego que hubiera salido del fango, aunque sospechaba que los dos paisanos solo querian aparentar que le ayudaban, sin tomarse realmente grande afan. Estos pensamien-

tos, que vagaban en la imaginacion de Arthur aumentaron su natural ligereza, asi es que en muy corto espacio, llegó al estremo del bosque, desde donde podia descubrirse la torre oriental y la muralla coronada de soldados armados.

Hubo de valerse de toda su destreza para seguir marchando oculto, á favor de aquellas pocas matas, y evitar que le viesen aquellos á quienes él distinguia claramente. A cada paso pensaba oir el sonido de una bocina y ver sobre las murallas un movimiento tumultuoso que anunciase la salida de algun destacamento para perseguirle. Afortunadamente, nada de esto sucedió, y siguiendo el sendero que su guia le habia señalado, llegó á perder de vista á la Férette, entrando en breve en el camino real, por donde pocas horas antes en compañia de su padre, habia llegado á aquella ciudad. Poco habria andado del camino cuando una nube de polvo, le hizo conocer, que se acercaba algun destacamento, pues tambien se veian brillar algunas armas, infiriendo de esto que seria la vanguardia de la diputacion suiza.

Al cabo de algunos minutos, se encontró

con aquel pequeño cuerpo, compuesto de diez hombres mandados por Rodulfo. La vista del joven Philipson manchado de sangre y lodo; pues al caer en el calabozo se habia hecho una pequeña herida, llenó de admiracion á los suizos los cuales le rodearon preguntándole lo que le babia sucedido, siendo el único que no manifestó gran curiosidad, Rodulfo Donnerhugel, pues su carácter calmoso y algo sombrio; le hacia parecer indiferente, cuando no estaba asaltado, con alguna violenta agitacion.

Arthur, sin podor apenas respirar, les contó como su padre habia sido encerrado en un calabozo y condenado á muerte., lo cual oyó Rodulfo sin manifestar grande admiracion, y contestando con bastante frialdad: ¿qué podiais esperar? ¿no os lo habiamos ya advertido? facil hubiera sido evitar semejante desgracia; pero no lo es ahóra el remediarla.

-- ¡Bien decis! ¡bien decis! esclamó Arthur torciéndose las manos, vos aconsejabais con prudencia, ¡y nosotros hemos obrado locamente! pero os suplico, que no os acordéis de nuestra falta de reflexion, en este momento tan crítico, sino que mostreis el valor y la generosidad que todos los cantones os conceden.

Venid á socorrernos en tan terrible conflicto!

-- ¿Pero como, ó de qué modo? preguntó Rodulfo, pareciendo todavia dudar. Hemos despedido á los de Bâle, que estaban dispuestos á ayudarnos, siguiendo vuestros consejos de sumision, no somos mas que unos veinte, ¿cómo hemos de atacar á una ciudad fortificada y defendida por un número de soldados seis veces mayor que el nuestro?

-- No os faltan amigos en la ciudad, contestó Arthur, lo sé de cierto, y acercándose al oido de Roldulfo, le contó brevemente cómo se habia visto libertado por aquel hombre vestido de negro, el cual le habia mandado no dejase de decirle que le esperaba en la poterna del Norte.

-- Sin duda alguna dijo Donnerhugel, en voz alta y apartándose de Arthur, encontrar en la poterna á ese buen amigo, pero mas adelante, puede que encuentre tambien al verdugo con su cuchilla, y un tajo para separar la cabeza de mi cuerpo; y me he de mirar muy bien en ello antes de esponer asi al hijo de mi padre. Si de ese modo asesina á un comerciante ingles, que no les ha hecho mal alguno ¿qué deberá esperar el joven oso de Berna, que ya ha

hecho sentir sus garras y dientes al infame Archibaldo?

Al oir esto el joven Philipson juntó sus manos elevándolas al cielo, como hombre que desconfia de todo humano socorro: al mismo tiempo las lágrimas corrierón de sus ojos, cerró los puños, y apretando los dientes volvió iracundo las espaldas al suizo.

-- ¿Qué significa ese arrebato? le preguntó Rodulfo, ¿á donde quereis ir?

-- A salvar á mi padre, ó á morir con él, contestó Arthur; pero cuando iba á echar á correr para volver á la Férette, se sintió agarrar del brazo con fuerza pero sin violencia.

-- Aguardad un momento, le dijo Sigismundo, que iré con vos Arthur.

-- ¡Tú prorrumpió Rodulfo, mentecato, tú! ¿y con qué orden?

-- Escuchadme, primo Rodulfo, contestó Sigismundo con la mayor calma: si vos sois nuestro gefe es ahora, y solo porque hemos querido nombraros nuestro Hauptman, pero luego que me canse de obedeceros no estaré bajo vuestras órdenes ni un solo minuto.

-- ¿Y por qué me has de dejar ahora, loco?

-- ¿Por qué? contestó Sigismundo, porque

hace cerca de un mes que conozco á Arthur, y le estimo, jamas me ha llamado como vos lo haceis, tonto ni loco, amo tambien á su padre, que es quien me ha regalado este tahalí, y este frasco que me parece le ha de haber costado mas de veinte Kreucers (1). Cien veces me ha dicho, cuando me ha visto pensar con calma, que mas vale juzgar con exactitud que con demasiada ligereza, y que yo tenia bastante entendimiento. ¡Y hemos de dejar á aquel buen viejo, que perezca á manos del pícaro Agembach! pero no Arthur, nosotros le salvaremos; si es posible que dos hombres lo hagan, me vereis pelear ínterin dure esta oja de acero firme en su mango de fresno; y diciendo esto movia su enorme partesana con tanta agilidad como si fuera una rama de sauce.

A la verdad, que si la fuerza del cuerpo debia bastar para destruir la iniquidad, ninguno entre los hijos del Biederman, podia conceptuarse mas capaz para semejante empresa, que el forzudo Sigismundo, pues aunque su talla no era la mayor, ni era el mas fogoso;

(1) Moneda que segun se ha dicho vale en Austria y Bohemia 3 rs. y 9 ms.

sus anchas espaldas, y vigorosos músculos, le hacian semejante á un fuerte atleta preparado al combate, y asi cuando llegaba á irritarse lo que sucedia en él rara vez, el mismo Rodulfo no se atrevia á oponérsele.

La espresion enérgica, de un sentimiento verdadero, produce siempre efecto en los corazones naturalmente generosos; asi es que muchos jóvenes de los que estaban presentes, empezaron á gritar en favor de Sigismundo, diciendo que tenia razon, que si el anciano se habia puesto en peligro habia sido, mas bien porque habia pensado antes en el exito de la negociacion que se iba á entablar, que en su seguridad propia, y que si no habia admitido su proteccion, habia sido por no implicarles por su causa en alguna contienda. Por esto mismo, añadieron los jóvenes, estamos obligados á evitar que le suceda alguna desgracia; y asi lo haremos.

¡Silencio, habladores! esclamó Rodulfo mirando á su alrededor con cierto aire de superioridad. Y vos, Arthur, podeis ir á encontrar al Landamman, que no distará mucho de aqui; ya sabeis que es nuestro gefe superior y amigo verdadero de vuestro padre; cuanto dis-

ponga en su favor, estamos prontos á ejecutarlo.

Los demas manifestaron aprobar esta opinion, y el joven Philipson, se persuadió de que era preciso seguirla. En su interior, aunque sospechase que Rodulfo tuviese medios de servirle mas, ya por las intrigas que tenia con los jóvenes suizos, y los habitantes de Bâle, como por las inteligencias que se conocia tener en la misma ciudad de la Fératte, Arthur contaba mucho mas con la sencillez y buena fé de Arnaldo Biederman; por lo que sin perder un instante corrió á su encuentro, con el fin de contarle su desventura, é implorar su socorro.

Desde lo alto de una eminencia á donde llegó algunos minutos despues de haber dejado á Rodulfo, descubrió al respetable Landamman y á sus compañeros, seguidos de los demas jóvenes que formaban su escolta, pues ya no se dispersaban por los lados del camino, sino que seguian á los diputados á alguna distancia, en buen orden, y preparados para cualquier ataque imprevisto.

Detras de todos marchaba el bagage y las dos caballerias en que Ana de Geierstein y su

compañera hacian su marcha. Iban en ellas como otras veces dos mugeres, y en cuánto le era posible juzgar por la apariencia, la primera era sin duda la hermosa Ana, pues se la conocia por la pluma de garza que llevaba puesta desde que entró en territorio de Alemania, tanto por conformarse con los estilos del pais, como para manifestar que era de noble estirpe, pero si la vista no le engañaba á Arthur; ¿como era que Ana se hallaba alli cuando hacia poco mas de media hora que le habia prestado su ausilio en el subterráneo de la Férette? esta idea le ocupó con violencia su espíritu, pero por corto rato; fue semejante al relámpago que durante la noche surca las nubes, que aunque hace fuerte impresion en los ojos del que le mira, se desvanece al instante y desaparece entre las tinieblas; ó por mejor decir, la admiracion que aquella maravilla le causaba, no tardó en agregarse á la inquietud que esperimentaba por la seguridad de su padre, cuyo sentimiento era en él superior á todos los demas.

— Si realmente existe, se decia á sí mismo, un espíritu revestido con tan hermosas formas, no debe ser menos venéfico que amable, por

tanto no reusará su proteccion á mi padre quien la merece mucho mas que yo.

Pero antes de que pudiese hacer mas largas reflexiones, llegó á juntarse con el Landamman y su escolta. -- Estos del mismo modo que Rodulfo y la vanguardia, quedaron sorprendidos al verle: el Landamman le preguntó al momento, y él le contestó haciéndole una breve narracion de su prision y libertad, dando todo el honor de aquella accion al desconocido vestído de negro; pero sin hablar una palabra de la sombra de Ana, pues tal le habia parecido.

Arnaldo quedó un momento sorprendido y silencioso, manifestando el sentimiento que semejantes nuevas le causaban, pues amaba al anciano Philipson, por la pureza de sus costumbres y firmeza de su carácter no menos que por la estension y solidez de sus conocimientos. Esta última cualidad era tanto mas apreciable á los ojos de Arnaldo, como que conocia que su recto modo de pensar, podia estraviarse algunas veces por falta de conocer vastantemente los paises estrangeros, las costumbres, y el espíritu del siglo, materias sobre las cuales le habia dado algunas veces su

amigo el inglés, advertencias muy útiles.

— Sigamos adelante sin perder un momento, dijo á sus compañeros: mediemos entre el tirano Hagenbach y nuestro amigo, cuya vida está en riesgo: Será preciso que nos escuche, pues yo se por boca del mismo anciano que el duque le espera en su corte. Como sabemos este secreto, Archibaldo no se atreverá á provocar nuestra venganza, pues nos seria muy facil hacer saber al duque Carlos hasta que punto abusa de su poder el gobernador de la Férette, no solo en los negocios concernientes á los suizos, sino tambien á los que tocan á su persona.

— Con vuestro permiso, mi digno compañero, contestó el abanderado de Berna, nosotros somos diputados de la Suiza, y si nos hemos puesto en marcha, ha sido solo para ir á hacer presente las injusticias de que se queja nuestra nacion: si nos mezclamos en las querellas de los estrangeros encontraremos mas dificultades para arreglar los asuntos de nuestro propio pais. Por otra parte, si el duque por este acto criminal, cometido á la sombra de su poder, contra unos comerciantes ingleses, se atragese el resentimiento del Rey de

Inglaterra, semejante rompimiento, no puede menos de obligarle á concluir con los cantones un tratado que debe serle ventajoso.

Habia tanta política en este parecer, que Adam Zimmerman, diputado de Soleure, dió al punto su asenso, y aun añadió que su compañero Biederman hacia cosa de dos horas le habia dicho que los dos ingleses por su propio parecer y voluntad se habian separado de la diputacion con el fin de no implicarla en las contestaciones que podrian originar las estafas del gobernador, bajo pretesto de imponer derechos á sus mercancias.

— ¿Luego qué ventaja podria proporcionarnos semejante separacion, continuó diciendo; si como nos lo propone nuestro compañero debemos mezclarnos en los negocios de ese inglés, como si marchase en nuestra compañia y bajo nuestra proteccion especial?

Este argumento directo atacó al Landamman, pues no hacia mucho que habia estado elogiando la generosidad del inglés, que habia preferido esponerse al riesgo, antes que aventurarse á perjudicar su negociacion, quedándose en compañia de ellos. Semejante raciocinio apagó tambien en algun modo la noble deci-

sion del diputado de Schwitz, cuyas miradas se dirigian sin cesar de Zimmerman, que espresaba en su rostro la alegria del triunfo de su sólido argumento, á la de su amigo Arnaldo, que parecia hallarse mas perplejo que otras veces.

Amigos mios, dijo Biederman con tono firme y denodado: he cometido un error al jactarme de la política del mundo, de que os dí esta mañana una leccion. Ese hombre no es paisano nuestro, convengo en ello; pero es de nuestra propia sangre, es como nosotros una imagen del supremo Hacedor que nos ha criado á todos, tanto mas digno de ser apreciado, como que es hombre íntegro y honrado. Si le dejásemos en el riesgo, cometeriamos una falta vergonzosa, aun cuando no le conociésemos sino de haberle visto en el camino; luego hay una razon mucho mas poderosa para socorrerle, pues si se puso él en peligro, fue para evitarnos el caer en el lazo donde él ha dado. No os desanimeis, obedezcamos la voluntad de Dios, socorriendo al oprimido; si lo conseguimos con la dulzura como lo espero, habremos hecho una buena accion á poca costa; sino sucede asi, Dios puede hacer que triunfe la cau-

sa de la inocencia, tanto con un puñado de hombres como con un ejército numeroso.

-- Si esa es vuestra opinion, contestó el abanderado, contad con todos nosotros para sosteneros. En cuanto á mí, hablaba contra lo que yo mismo deseo, aconsejándoos que evitaseis un rompimiento con los borgoñeses; sin embargo debo decir, como soldado, que preferiria batirme con la guarnicion en campo raso aun cuando fuese dos veces mas numerosa, que intentar apodararme por asalto de sus fortificaciones.

-- Tranquilizaos, dijo el Landamman, pues ... spero que hemos de entrar y salir en la ... de la Férette sin dercgar el caracter ...ico con que estamos investidos como diputados de la dieta.



CAPÍTULO II.

En cuanto á Sommerset, su infame cuello
En el cadhalso caiga,

Tercera parte de Enrique IV.

El gobernador de la Férette, estaba en la azotea de la torre, que dominaba la entrada de la ciudad por el lado de Oriente, dirigiendo sus miradas bácia el camino de Bâle, cuando se dejó ver la vanguardia de la diputacion suiza, descubriéndose despues el centro, y finalmente la retaguardia: en breve la vanguardia hizo alto, esperando al centro que se reunió con los vagages que conducian á las dos mugeres, formando un todo los tres cuerpos.

Al punto destacaron un enviado que hizo sonar su disforme bocina, despojo de los *urus* ó bueyes salvages, de que tanto abunda el canton de Uri, de donde se dice toman su nombre.

-- Piden la entrada, dijo el caballerizo.

— Y entrarán, contestó Archibaldo; ¡pero caramba, que no sé yo cómo saldrán!

— Mire V. E. lo que hace, contestó Kilian; porque esos suizos son los diablos en los combates, y nada podrán dejarnos que compense nuestra victoria, sino algunas cadenas de mala plata ó de buen cobre: ya habeis sacado toda la carne, no os espongais ahora á romperos los dientes por roer los huesos.

— Eres un necio, Kilian, contestó Hagenbach, y quizás un cobarde: ¿veinte ó treinta hombres armados de partesanas te hacen temblar? Piensa, pues, cobarde, que si dejamos pasar libremente á esos diputados, segun ellos quieren que se les llame, irán á contar al Duque la aventura de los mercaderes que iban á su corte, llevando géneros tan preciosos, dirigidos á su persona. Cárlos tendrá que sufrir el enojo de la embajada de un pueblo que tanto aborrece, y al mismo tiempo sabria que el gobernador de la Férette, permitiéndoles el paso, se ha atrevido á detener á unos sugetos á quienes hubiera recibido gustoso, pues al cabo un collar semejante al que acabamos de coger á ese vagabundo inglés, no es cosa despreciable, aunque sea para un príncipe.

— No concibo como un ataque dado á esos embajadores, pueda dar mejor apariencia á la accion de robar á aquellos ingleses.

— Tú no ves, Kilian, eres un topo. Si el duque de Borgoña oye hablar de una escaramuza entre mis tropas, y esos rústicos montañeses, á quienes desprecia y detesta, no pensará de modo alguno en los buhoneros ingleses, muertos en la pelea. Pero en todo caso, si se hiciese una pesquisa de ellos, con una hora me basta para trasladarme á los dominios del Imperio, donde no dudo seria bien recibido, si se atiende al rico botin que he cogido á esos isleños.

— V. E. me hallará siempre á su lado hasta el último momento, y asi podrá juzgar, que si soy loco, á lo menos no soy cobarde.

— Jamas te he tenido por eso en tratándose de entrar en accion, pero cuando se habla de política, veo que eres hombre de poca resolucion. Ponme mi armadura, Kilian, y ten cuidado de ajustármela bien: las lanzas y las espadas de esos suizos no son aguijones de avispa.

— ¡Ojala V. E. la use con tanto provecho como honor! dijo Kilian, disponiéndose á ar-

mar á su amo con todas las armas propias de un caballero del Imperio, y despues añadió; ¿ha premeditado bien V. E. la resolucion de atacar á los suizos? ¿qué pretestará V. E. para ello?

— Déjame ese cuidado, contestó Archibaldo, y piensa en colocar en sus puestos á los soldados, teniendo bien presente que la voz de reaccion será: ¡Borgoña, á la pelea! Al oir estas palabras de mi boca, que se presenten los soldados, y al repetirlas, que caigan sobre los suizos. Y ahora que estoy ya armado, vé y abre la puerta á esos aldeanos.

Kilian saludó á su amo y se retiró.

Los suizos habian hecho sonar varias veces sus bocinas, porque estaban disgustados de tanta detencion, haciendo ya mas de media hora que esperaban á la puerta, sin recibir contestacion alguna; en fin, se alzó el rastrillo, se bajó el puente levadizo, y vieron á Kilian que se adelantaba hácia ellos, vestido de soldado y montado á caballo en un brioso potro diciendo:

— Preciso es que seais muy atrevidos para presentaros de mano armada delante de la fortaleza de la Férette, cuyo dominio señorial pertenece de derecho al tres veces noble duque

de Borgoña y de Lorena, y la cual está gobernada en su nombre por Archibaldo Von Hagenbach, caballero del Imperio Romano.

-- Señor caballerizo, respondió el Landamman; pues tal parece ser vuestro destino, segun la pluma que adorna vuestro casco; nosotros no hemos llegado aqui con intenciones hostiles: si venimos armados como veis, ha sido con el fin de defendernos durante nuestro viaje peligroso, pues de dia nos cercan riesgos, y de noche no siempre podemos estar seguros, mas de ningun modo tenemos proyectos ofensivos, pues si los hubiéramos tenido, no habriamos llegado en tan corto número á esta fortaleza.

-- ¿Que carácter traeis, y con qué designio venis? preguntó Kilian, que en ausencia de su amo sabia revestirse de la misma autoridad, y tomar el mismo tono imperioso del gobernador.

-- Somos, contestó el Landamman con voz sosegada, y sin manifestar ofenderse del atrevimiento del caballerizo, antes aparentando cierta indiferencia; somos los diputados de los cantones de la confederacion Helvética, encargados por la dieta legislativa de dirigirnos personalmente á la presencia de S. E. el duque

de Borgoña, para un asunto de grande importancia, tanto para su pais como para el nuestro, y con la esperanza de contratar con el señor de vuestro amo, esto es, con el duque Cárlos, una paz firme y duradera, bajo condiciones honrosas y aventajadas para ambos payses, evitando de este modo quejas que podrian tener por consecuencia la efusion de sangre humana, que tanto horror debe causar.

-- Enseñadme vuestras credenciales.

-- Tiempo habrá de hacerlo, señor caballerizo, cuando estemos en presencia de vuestro amo el gobernador.

-- Muy bien, muy bien, señores mios; sin embargo me parece no debeis despreciar este consejo de Kilian Kersberg: á veces es mas prudente retirarse que seguir marchando; mi amo y el amo de mi amo son sugetos algo mas difíciles de manejar que los vecinos de Bâle, á quienes vendeis vuestros quesos; volveos, pues, á vuestras casas, que el camino está franco y ya os he advertido bien.

-- Os agradecemos el consejo, contestó el Landamman, cortando la palabra al abanderado de Berna, que ya empezaba á encojarse, si ese aviso es de amistad; si no lo es, tened en-

tendido, que una chanza impólitica es como un fusil con demasiada carga, que rechaza contra el que le dispara. Nuestra direccion es á la Férette, donde pensamos entrar y ser recibidos segun corresponde.

— Entrad, pues, prorrumpió Kilian, que en cierto modo habia creido inspirarles temor, y decidirles á volverse atrás, aunque se vió engañado.

Los suizos entraron en la ciudad, pero tuvieron que detenerse á unos cincuenta pasos de la puerta, porque se hallaba interceptado el paso con los carros que habia hecho poner el gobernador; por tanto, ordenaron aquel pequeño cuerpo, formándose en tres líneas, en cuyo centro estaban los diputados y las dos mugeres. Esta pequeña falange presentaba un doble frente, mirando cada uno de un lado de la calle, mientras que la línea del frente se disponia á seguir marchando luego que estuviese desembarazado el paso. Mientras esto se verificaba, un caballero armado completamente salió por una puertecita de la torre principal, por cuyo pie habian pasado los suizos para entrar en la ciudad: traia levantada la visera, y recorrió la peque-

ña línea de los suizos, con aire altivo y amenazador, hasta que parándose con arrogancia les dirigió estas palabras: -- ¿quién sois vosotros, que asi os atreveis á entrar armados en una ciudad perteneciente á la Borgoña?

-- Si V. E. lo permite, contestó el Landamman, le diré que estamos encargados de una mision pacífica, y que si venimos armados es para nuestra defensa personal. Las ciudades de Berna y de Soleure, los cantones de Huri, Schwitz, y de Underwal nos envian para arreglar con el duque Cárlos de Borgoña ciertos asuntos importantes.

-- ¿Qué ciudades, qué cantones son esos? no los conozco: á Berna sí; ¿pero desde cuándo Berna es ciudad independiente?

-- Desde el 21 de junio de 1339, dia de la batalla de Lampen, contestó el Landamman.

-- Calla, viejo arrogante, prorrumpió Archibaldo; ¿ó crees que semejantes fanfarronadas pasan aqui por buena moneda? Es cierto que hemos oido hablar de algunas aldeas y lugarcillos, que se insurreccionaron en el centro de los Alpes; sabemos tambien, que habiéndose sublevado contra su señor á favor de sus montañas y desfiladeros, pusieron emboscadas, ase-

sinando á algunos caballeros que envió contra ellos el duque de Austria; pero nunca creimos que tan miserables asociaciones, tan despreciables bandas de amotinados tuviesen la insolencia de llamarse Estados independientes, pretendiendo entrar en negociaciones con un príncipe tan poderoso como el duque de Borgoña?

— V. E. me permitirá que le recuerde, dijo el Landamman con grande serenidad, que las mismas leyes de la caballería, de que haceis profesion, dicen: que si el mas fuerte perjudica al mas débil, si el noble insulta al pechero, este solo hecho debe destruir toda distincion entre ellos, y que el que ha cometido la injuria está obligado á satisfacer al ofendido del modo que él lo exigiere.

— Vuélvete á tus montañas, villano, prorrumpió Agenbach con altivez; vuélvete á cuidar tus vacas y á asar castañas. ¡Qué! porque algunos ratones encuentren un asilo en las leñeras de nuestras casas, ¿les hemos de sufrir por eso que nos fastidien con su presencia asquerosa? No: antes los pisaremos con el pie.

— No somos de esas gentes á quienes se ar-

rilla facilmente, contestó Arnaldo Biederman sin alterarse; y si alguno lo ha intentado, su choque contra nosotros ha sido motivo de su caida. Olvidad por un instante, noble caballero, ese lenguage altivo y tan opuesto á nuestras intenciones pacíficas, poned en libertad á nuestro compañero de viage, Philipson, el comerciante inglés, á quien habeis arrestado ilegalmente esta mañana; haced que pague una suma prudente por su rescate, que nosotros daremos al Duque, para quien tenemos especial encargo, una razon ventajosa de su gobernador en la Férette.

-- ¡Qué! ¡vosotros habiais de ser tan generosos! esclamó Archibaldo en tono de desprecio. ¿Y qué garantia me dais de que lo hareis así?

-- Mi palabra, la palabra de un hombre que jamás ha faltado á su promesa; contestó el mismo Landamman.

-- ¡Insolente! prorrumpió el gobernador: ¿Cómo te atreves á imponerme condiciones? tienes osadia de ofrecer tu palabra como garantia entre el duque de Borgoña y Archibaldo Von Hagenbach? ¡Sabe que no ireis á Borgoña, que si vais allá será con las manos

atadas y con una cuerda al pescuezo. ¡Ola! ¡Borgoña ala.....!

Al punto mismo los soldados se presentaron rodeando á los suizos. La muralla inmediata á la torre estaba guarnecida de hombres armados, y en las puertas y ventanas de las casas se veian soldados dispuestos á tirar contra aquella pequeña tropa; pero esta, aunque muy inferior en número, no manifestó asustarse ni desanimarse, antes tomó una actitud defensiva. El Landamman se colocó en el centro, disponiéndose á forzar el parapeto de los carros: las otras dos líneas se colocaron espalda con espalda para defender la entrada de la calle contra los soldados que quisiesen salir de las casas; manifestando en todo, aquellos hombres determinados, que sin una grande efusion de sangre no seria posible subyugarlos, aun cuando fuesen contra ellos fuerzas cinco veces mayores.

En este momento se vió llegar un soldado muy sofocado y cubierto todo de barro, el cual presentándose al gobernador le dijo: que mientras que él se esforzaba, hacia algun tiempo, para detener á un prisionero que huia, los habitantes de la ciudad, le habian detenido y casi

ahogado en el foso; y que en aquel momento los paisanos introducian al enemigo en la plaza.

Kilian, gritó el gobernador, coge cuarenta hombres, y corre con ellos á la poterna del norte, mata, asesina, ó precipita desde lo alto de las murallas á cualquiera que encuentres armado, sea de la ciudad ó de fuera de ella, y déjame á mí, que yo haré pedazos á estos miserables de un modo ó de otro.

Pero antes que Kiliam hubiese tenido tiempo para obedecer las órdenes de su amo, se oyeron grandes voces á lo lejos que decian: victoria á los de Bâle, viéndose llegar á poco rato á los jóvenes de aquella ciudad, á quienes habia hecho avisar Rodulfo, pues no distaban mucho; tambien llegaron algunos suizos que habian seguido de lejos á la diputacion con el fin de prestarla ausilio en caso necesario, y por último muchos habitantes de la Férette que obligados por el gobernador á tomar las armas para defender las murallas habian aprovechado aquella ocasion para libertarse de su tirania, abriendo á los de Bâle, la misma puerta por donde se habia escapado Arthur.

La guarnicion, desanimada ya al ver la firmeza de los suizos, que parecian estar dispues-

tos á no ceder, acabó de desconfiar con tan inesperada insurreccion; la mayor parte de los soldados se prepararon á huir antes que á pelear, y muchos se arrojaron desde la muralla al foso como único recurso para salvarse.

Kilian y algunos otros á quienes el amor propio no dejaba huir, impidiéndoles la desesperacion pedir cuartel, se dejaron matar en el mismo sitio, peleando con furor.

En medio de esta confusion el Landamman hizo que su pequeño cuerpo no se moviese, prohibiendo á sus gentes el tomar parte alguna en aquella accion, limitándose solamente á defenderse en caso de ser atacado.

-- No hay que moverse, gritó el Landamman, corriendo de una á otra línea. Adonde está Rodulfo, defender vuestras vidas; pero no ofendais á nadie. Arthur Philipson no salgais de vuestra línea os digo.

-- Es preciso que salga, contestó Arthur, que habia dejado ya su puesto; es preciso que vaya á los calabozos en busca de mi padre, tal vez en esta confusion pueden asesinarlo, mientras yo me estoy aqui con los brazos cruzados.

-- ¡Dios mio! teneis razon, dijo Arnaldo. ¡Cómo he podido olvidar á mi amigo! Voy

á ayudaros en su busca Arthur, con tanta mas razon como que el tumulto parece vá á terminarse. Señor abanderado, digno Zimmerman, amigo Bonstetten, mantened en sus filas á nuestros soldados, que no tomen parte en este asunto, y que los de Bâle, sean los únicos responsables de sus hechos; vuelvo al momento.

Al decir esto siguió á Arthur quien se acordaba muy bien de aquellos sitios para poder encontrar sin trabajo la escalera que guiaba á los encierros. En la mesilla encontraron á un hombre de malísima cara, que llevaba colgado en su cintura un manojo de llaves, lo cual indicaba la naturaleza de su destino.

— Guianos á la prision del comerciante inglés, le dijo Artur, sino aqui mismo mueres.

— ¿A cuál de ellos quereis ver? preguntó el carcelero; ¿al joven ó al anciano?

— Al anciano, contestó Arthur; pues el joven se ha escapado.

— Entrad aqui pues, dijo el carcelero, levantando una fuerte barra que cerraba una puerta gruesa.

En el fondo de aquel calabozo estaba sentado el buen anciano, á quien levantaron al ins-

tante estrechándole entre sus brazos y esclamando: ¡querido padre! ¡digno amigo mio! cómo estais.

-- Bien, hijo mio, bien honrado Arnaldo, si como creo venis vencedores, segun lo indican vuestras armas y semblantes, mal si venis á participar conmigo de la cautividad.

-- No temais nada, respecto á eso dijo el Landamman: hemos estado en peligro, pero nos hemos libertado por un medio singular: apoyaos en mi brazo, querido huésped, la humedad y el frio de este calabozo, ha entorpecido vuestros miembros, permitidme que os ayude á salir á parage donde esteis mejor.

Un ruido repentino y semejante al crujido de las cadenas, vino á interrumpir esta conversacion.

-- ¡Desgraciados de nosotros! esclamó Arthur, que reconoció al punto la causa de aquel ruido, el carcelero ha bajado la barra que cierra la puerta, ó se le ha escapado de las manos, y hemos quedado encerrados, pues la puerta solo se abrirá por fuera. ¡Ah infame carcelero! abre la puerta ó lo pagarás con tu vida.

-- Provablemente no oirá tus amenazas, y en vano gritas, le dijo su padre; pero estais

bien seguros de que los suizos dominan la ciudad.

-- Sin duda alguna, contestó el Landamman, y sin que por nuestra parte se haya herido ni á un hombre.

-- En este caso, replicó Philison, los vuestros os buscarán bien pronto, mi hijo y yo somos personas insignificantes, y tal vez no se notaria nuestra ausencia; pero vuestra persona es demasiado interesante para no ser notada vuestra falta cuando se haga la enumeracion.

-- Asi espero que suceda, repuso el Landamman; pero sin embargo, no estamos aqui bien. Arthur, joven valiente, ¿no hallais algun medio para poder forzar la puerta? Pero el joven, que ya habia examinado cuidadosamente la cerradura y la puerta, contestó que no habia medio alguno, y que era preciso armarse de paciencia, y esperar el momento de su libertad.

-- Arnaldo, sin embargo, se manifestaba inquieto y algo enojado de la poca actividad de sus hijos.

-- Todos nuestros jóvenes, dijo, no sabiendo si soy muerto ó vivo se aprovecharán de mi ausencia para entregarse á la licencia; y

aun me parece que Rodulfo se ha de tomar poca pena en que yo parezca ó no: el abanderado Zimmerman, el loco de Boustetten, que se llama mi amigo, todos me han abandonado; á pesar de que saben que la seguridad del último de ellos me es mas preciosa que la mia propia. ¡Ay Dios mio! esto casi me parece una estratagema, y estoy por creer que aquellos jóvenes insensatos han querido deshacerse de un hombre, cuyos principios eran demasiado pacíficos y demasiado arreglados para ser gratos á unas personas que siempre estan soñando con guerras y conquistas.

Mientras que el Landamman de cuya frente parecia haber huido la serenidad acostumbrada, hablaba de este modo, temiendo que sus conciudadanos se condujesen mal en su ausencia, la mas profunda calma sustituyó al ruido tumultuoso que se habia oido hasta entonces.

¿Qué haremos ahora? dijo Arthur: yo creo que se aprovecharán de este momento de tranquilidad para reunirse y ver si falta alguno.

Podia haberse creido que habian estado acechando al joven inglés para acceder á sus deseos, pues á poco rato oyeron levantar la barra

y abrir la puerta subiendo con rapidez alguno la escalera; de modo que los que estaban dentro del calabozo, no pudieron reconocer á su libertador.

— Será sin duda el carcelero, dijo el Landamman, el cual sin duda ha temido detenernos por mas tiempo: y diciendo esto tomó la escalera, y habiendo salido de la torre se hallaron en la calle donde los aguardaba un espectáculo muy inesperado. Los diputados suizos, y su escolta conservaban la misma posicion en el propio sitio donde Hagembach los habia querido atacar. Algunos soldados del ex-gobernador, desarmados y temiendo la rabia de una tropa de paisanos que llenaban las calles se habian colocado con humildad detras del pequeño escuadron de montañeses, como parage el mas seguro para evitar la muerte, pero aun habia mas.

Los carros, que habian sido colocados para cortar la calle, los habian reunido, sirviendo como de base á una plataforma, ó mas bien á un cadhalso hecho apresuradamente con tablas; sobre el cual se elevaba una silla, en la que estaba sentado un hombre alto, cuya cabeza, cuello y espaldas estaban desnudas, te-

niendo el resto del cuerpo, cubierto de la armadura correspondiente. Apesar de su palidez, semejante á la de la muerte, Arthur no pudo menos de reconocer en aquel desgraciado, al perverso Archibaldo Von Hagembach, que parecia estar atado á la silla: á su izquierda y un poco á la espalda habia un hombre forzudo, vestido de encarnado, y cuyas manos se apoyaban en la empuñadura de un ancho sable, semejante al que citamos anteriormente. En el mismo instante en que Arnaldo Biederman llegaba, y antes que tuviese tiempo de preguutar qué significaba todo aquello, el ejecutor, que era el hombre vestido de encarnado, alzó su cuchilla, y descargando un terrible golpe, hizo rodar la cabeza de Archibaldo separándola de su cuerpo. Este acto de destreza fue aplaudido por todos los concurrentes, como podria hacerse en un festivo espectáculo donde se tratase de elogiar la buena ejecucion de algun actor; habiendo correspondido á aquellos aplausos el verdugo con varias inclinaciones respetuosas que hizo al pueblo, desde cada uno de los angulos de aquel formidable tablado, empapado ya con la sangre de la victima.

Tan horroroso espectáculo heló el piadoso

corazon de nuestro buen Landamman, que no pudo evitar por la precipitacion del golpe aquella horrible catástrofe; pero vuelto de su asombro no pudo menos de preguntar con aire imponente y aun con cierta indignacion, quién era el atrevido, que habia osado promulgar aquella sentencia sanguinaria, y con qué derecho.

Un joven con trage azul, ricamente adornado, se adelantó para responderle.

-- Los hábitantes de la ciudad de Bâle, no han hecho en esto mas que seguir el egemplo que les dieron sus padres, y la muerte del infame Archibaldo no ha sido pronunciada con menos derecho que la del tirano Gersler: hemos sufrido hasta no poder mas; pero cuando las maldades del que manda llenan la medida del sufrimiento no pueden ser otras las consecuencias.

-- No digo que no mereciese la muerte, contestó el Landamman; pero ni á nosotros ni á vos tocaba el juzgar sin conocimiento del Duque.

-- ¿Qué decis del duque? Prorrumpió el joven Lanwrenz que era el mismo que Arthur habia visto cuando hizo la ronda con Rodulfo en los contornos del pabellon. ¿Qué hablais del

duque de Borgoña? Nosotros no somos vasallos suyos, y el Emperador, nuestro legitimo Soberano, ha hecho mal en darle en prenda á la Férette, que es una plaza dependiente de nuestra ciudad de Bâle; podia en caso de deber, haberle concedido el cobro de los derechos, y de ningun modo haber consentido las exaciones violentas del cruel Archibaldo, que justamente acaba de pagar sus crímenes; por último, Landamman de Underwald, proseguid vuestra marcha, y si os desagrada nuestra conducta, ireis á contársela al duque de Borgoña; aunque seria desaprovar al mismo tiempo á los tan célebres héroes, Gillelmo Téll, Stanffacher, Turst y Melchtal.

-- Decis bien, respondió Arnaldo, pero la ocasion ha sido mal elegida. La presencia hubiera remediado vuestros males, y nadie como el que os habla, los sentia mas vivamente, ni deseaba mas remediarlos, pero vos joven imprudente, habeis olvidado la modestia que conviene á vuestra edad, y la sumision que debeis á los magistrados. Guillelmo Téll y sus compañeros eran hombres á quienes la edad habia suministrado esperiencia y juicio; eran esposos y padres, y disfrutaban el derecho de tomar parte

en los consejos, siendo los primeros en obrar; pero basta. Quédese al cuidado de los magistrados y senadores de vuestra ciudad el aprovar ó vituperar vuestra conducta: y vosotros, abanderado de Berna, Zimmerman, Rodulfo, y vos Bonstetten, por qué no habeis protegido á ese infeliz, de ese modo hubiérais demostrado al duque de Borgoña la falsedad de los que pretenden, que nosotros deseamos una ocasion para romper con él, y que incitábamos á sus súbditos á la rebelion: ahora, semejantes prevenciones se confirmarán mas y mas entre aquellas personas que antes conservan una mala impresion, que conciben una favorable.

-- Ciertamente vecino y amigo mio, contestó Bonstetten, que habia pensado en hacer cuanto acabais de decir, y que estaba á punto de marchar á socorrer al gobernador cuando Rodulfo Donnerhugel me hizo acordar de la orden que habiais dado, de que ningun suizo se apartase de sus filas, y que se dejase á los habitantes de Bâle, que ellos responderian de sus acciones; yo entonces dije entre mí: á fé mia que nadie mejor que Arnaldo sabe lo que le conviene hacer.

-- ¡Ah Rodulfo, Rodulfo! dijo el Landam-

man, mirándole con enojo; ¿no os avergonzais de haber engañado á un anciano?

-- ¿Yo engañarle? eso es cosa que no puedo oir con indiferencia, señor Landamman, contestó Rodulfo, aunque sin inquietarse, pero como no hay cosa que no deba sufrir, viniendo de parte vuestra, me limitaré á decir, que como miembro de la diputacion, creí de mi deber manifestar mi opinion, conforme á vuestras órdenes, sobre todo estando vos ausente.

-- Siempre tienes buenas palabras, Rodulfo, replicó Arnaldo, y me atrevo á creer que tus intenciones nos son menos puras, sin embargo hay momentos en que es preciso dudar de ellas. Sea lo que fuere, no tengamos disputas entre nosotros, y ahora amigos mios darme vuestro parecer; pero antes demos gracias al cielo por habernos libertado del monstruo horrible del asesinato, que despues nos juntaremos para deliberar: y diciendo esto el Landamman empezó á marchar hácia la iglesia de la Férette, de la que estaban no lejos.

-- Rodulfo, como el mas joven, dejó que pasasen los demás adelante aprovechándose de la ocasion para hablar á Rudiger, hijo mayor de Arnaldo, á quien dijo en secreto era preci-

so que los dos ingleses se separasen de la diputacion.

Es preciso que partan, querido Rudiger, le dijo: emplea para el caso la dulzura; pero deben partir, y que sea pronto: tu padre está como hechizado por esos dos buhoneros ingleses, y solo escuchará sus consejos; y bien conoces que no es justo que hombres semejantes den la ley á los honrados suizos: trata de recoger las alhagas de oropel que les han robado, ó á lo menos lo que se pueda, y haz que partan cuanto antes.

Rudiger solo le contestó con un movimiento de cabeza, en señal de haberle entendido, y fue á ayudar á Philipson en los preparativos de su marcha. El prudente comerciante deseaba por su parte no menos que Donnerhugel, salir de una ciudad donde todo era confusion; y solo buscaba con afan la cajita de zándalo de que se habia apoderado el gobernador. Rudiger Biederman se encargó al punto de buscar con el mayor esmero aquella preciosa caja que era de esperar no fuese perdida, por la misma razon del poco valor que la suponian los suizos; por tanto, se registró con el mayor cuidado no solo al difunto go-

bernador sino á cuantos habian tenido con él relaciones de confianza.

De buena gana Arthur hubiera hurtado algunos momentos para despedirse de Ana de Geierstein; pero aquella joven no estaba ya entre las filas suizas, pues sin duda durante la confusion que habia sucedido á la muerte de Archibaldo, y mientras que la diputacion se reunia en la iglesia, ella sin duda se habia refugiado en alguna casa inmediata; pues no hallándose ya los gefes á la cabeza de aquella tropa se habian dispersado, buscando los unos las prendas de que habian sido despojados los ingleses, y los otros habian ido á disfrutar los obsequios que á porfia les dispensaban los victoriosos de Bâle y los habitantes de la Férette.

La opinion general que dominaba entre ellos era que la Férette, que por tanto tiempo habia sido considerada como una barrera para los suizos confederados y para su comercio, debia ser ocupada con una guarnicion capaz de defenderlos de la tiranía y de las exacciones del duque de Borgoña y de sus comisionados. Por todas partes se notaba la alegría mas desordenada, y los habitantes de la ciu-

dad ofrecian sin cesar refrescos y comida á los jóvenes suizos, quienes se aprovechaban con sumo gozo y con aire de triunfo de las circunstancias, á cuyo favor debieron que se cambiase en un acogimiento tan benigno, la emboscada que la traicion les tenia preparada.

En medio de tanta confusion no era posible que Arthur abandonase á su padre, aunque no fuese mas que por algunos momentos: triste y pensativo permeneció pues á su lado ayudándole en silencio á arreglar y colocar en la mula sus maletas y fardos, pues los jóvenes suizos habian conseguido recobrarlos, y se apresuraban con todo empeño á traerselos á su legítimo dueño; de modo que le costaba trabajo á Philipson, que por fortuna no habia sido despojado de su metálico, tenia gran dificultad para obligarlos á que aceptasen alguna recompensa proporcionada á sus servicios, la cual ellos, segun sus sencillas ideas creian siempre superior al mérito del objeto.

Apenas habrian pasado diez minutos en esta escena cuando Rodulfo, llegando adonde estaba Philipson le invitó del modo mas urbano á que fuese con él á la junta de los gefes de la diputacion que deseaban, segun dijo, ser

iluminados con su esperiencia en algunas cuestiones interesantes, respecto á la conducta que debian observar en tan inesperada circunstancia.

-- Cuidad de nuestros asuntos, Arthur, y no os movais de este sitio, dijo Philipson á su hijo: no olvideis, os encargo sobre todo, el paquete sellado que me fue arrebatado de un modo tan infame é ilegal, pues es de la mayor importancia el volverle á encontrar.

Diciendo esto se dispuso á seguir al joven Bernés, quien dándole el brazo con la mayor confianza empezó á decirle á media voz:

-- Yo creo que un hombre prudente como vos no se decidirá á aconsejarnos que vayamos á presentarnos al duque de Borgoña en un momento en que precisamente ha de estar colérico por la pérdida de esta fortaleza y muerte de su gobernador; por lo menos supongo que tendreis bastante prudencia para no esponeros voluntariamente á naufragar con nosotros; y asi no dudo permanecereis mas tiempo en nuestra compañía, dejándonos gozar las ventajas de vuestro amable trato.

-- Diré lo que mejor me parezca, contestó

el inglés, cuando sepa mas por menor las circunstancias que motivan el que se me pida parecer.

Rodulfo dijo algunas palabras entredientes, y condujo á Philipson á la iglesia sin decirle mas palabra.

Los cuatro diputados se hallaban reunidos en un aposento inmediato á la iglesia, que estaba dedicada al Apóstol San Pablo. Luego que llegó Philipson, y despues de un momento de silencio, el Landamman le dirigió estas palabras:

— Señor Philipson, nosotros os tenemos por un hombre que ha viajado mucho, y por lo mismo debeis conocer las costumbres de los paises estrangeros, y no ignorareis el carácter de Cárlos, duque de Borgoña: ya sabeis que el objeto principal de este nuestro viaje es la paz con este príncipe; tambien sabeis lo que acaba de suceder en este dia, lo que no dudo, habrá quien procure pintárselo con los colores mas negros; en vista de todo esto, ¿qué nos aconsejais? ¿deberemos presentarnos al Duque cargados de tan hominoso suceso, ó creeis que debemos volver á nuestro pais, y prepararnos á entrar en guerra con la Borgoña?

— ¿Y cuál es vuestro dictámen en este particular? preguntó el inglés?

— Están divididas nuestras opiniones, contestó el diputado de Berna. Por espacio de treinta años he llevado siempre la bandera de Berna contra sus enemigos, y aun estoy dispuesto á llevarla contra las lanzas de los caballeros de Hainaut y de Lorena, antes que sufrir los insultos que podria hacernos el Duque al acercarnos á su trono.

— Seria entregarnos á las garras del Leon, dijo Zimmerman, diputado de Soleure, si nos presentásemos á él; asi mi parecer es que nos volvamos atrás.

— Si solo se tratase de mi vida, dijo Rodulfo, no seria del dictámen de retirarnos; pero el Landamman de Underwald es el padre de los Cantones Unidos, y ciertamente yo sería un parricida si consintiese en esponerle al riesgo de perderla: mi opinion, pues, es que volvamos á Suiza, y que la confederacion tome una aptitud defensiva.

— Mi opinion es del todo diferente, dijo Arnaldo Biederman, y no perdonaré á ninguno, que por amistad verdadera ó aparente ponga mi débil esistencia en balanza con ven-

tajas de los cantones. Si seguimos marchando arriesgamos nuestra existencia, en horabuena: mas si volvemos atrás comprometeremos á nuestro pais con una guerra contra una de las principales potencias de Europa: dignos compañeros, sois valientes cuando se trata de pelear, mostrad tambien que teneis no menos valor, y espongámonos sin reserva á los riesgos personales que puedan amenazarnos, cuando en desquite podemos grangear la paz á nuestra patria.

— Mi opinion y mi voto es en todo conforme con el de mi compadre y vecino Arnaldo Biederman, dijo el lacónico diputado de Sehwitz.

— Ya veis que nuestras opiniones no se conforman, dijo el Landamman á Philipson ¿cuál es la vuestra?

— Primero quisiera saber, contestó Philipson, ¿qué parte habeis tomado en el asalto de una ciudad ocupada por las fuerzas del Duque, y en la muerte de su gobernador?

— Pongo al cielo por testigo, dijo el Landamman, de que hasta el momento en que la ciudad fue tomada de un modo tan inesperado, ignoraba semejante proyecto.

— Y en cuanto á la ejecucion del goberna-dor, dijo un vecino respetable de la Férette, que tambien se hallaba presente, os juro que ha tenido lugar en virtud de sentencia dada por tribunal competente, y á quien el mismo Cárlos duque de Borgoña, tiene que respetar. La diputacion suiza, no podia de modo alguno retardar ni acelerar las consecuencias de su fallo.

— Si esto es asi, dijo Philipson, y si podeis probar, que ninguna parte habeis tomado en unos sucesos que indudablemente han de llenar de enojo al duque Cárlos, mi parecer es ciertamente, que prosigais vuestro viage; pudiendo estar seguros de que aquel príncipe os escuchará con justicia é imparcialidad, y tal vez lograreis una respuesta favorable; conozco muy bien al duque Cárlos, y aun me atrevo á asegurar que le conozco á fondo; su cólera será estremada al ver lo que acaba de pasar en esta villa, y no dudo que empiece por acusaros, pero si despues de examinadas todas las circunstancias de estos sucesos, estais en estado de justificaros de las falsas acusaciones, el convencimiento de su primer herror, inclinará la balanza en favor vuestro, en cuyo ca-

so, de un acceso de severidad, vendrá quizás á parar en una indulgencia sin límites; pero es menester que vuestra causa se sostenga ante el Duque con firmeza, y por medio de una persona que conozca mejor que vosotros el lenguage cortesano. Este favor, yo os le hubiera podido hacer como amigo, sino me hubieran despojado de un precioso paquete que llevaba para el Duque, el cual debia ser la prueba de mi mision hácia el.

— Ese es un pretesto bien mezquino, dijo Donnerhugel, al oido al abanderado de Berna, para lograr de nosotros una indemnizacion por los géneros que le han robado.

El abanderado tuvo sin duda por un momento la misma idea, y asi le dijo al inglés:

— Amigo comerciante, nosotros nos miramos obligados á indemnizaros si nuestros medios alcanzan para ello, de las pérdidas que habeis sufrido contando con nuestra proteccion.

— Y asi lo haremos, dijo el anciano diputado de Schwitz, aun cuando hubiese de costarnos 20 sequines (1).

(1) El sequin moneda de oro, vale unos 46 rs. y medio poco mas.

-- Ningun derecho tengo para ser indemnizado replicó Philipson, puesto que me separé de vosotros antes de haber sufrido pérdida alguna; y si yo siento haber perdido aquella caja no es tanto por su valor material, el cual es sin duda mayor de lo que podeis imaginar, como porque era una espresion de reconocimiento, que cierta persona muy importante remitia al duque de Borgoña; y estando privado de ella, temo no encontrar en su presencia el crédito que desearia tener tanto por vos como por mí propio, sin aquella alhaja, y dirigiéndome á él como un simple viagero, me es imposible hablar como lo hubiera hecho, si hubiese podido tomar en boca el nombre de los sugetos que me hicieron el encargo.

-- Ese importante paquete, replicó el Landamman, será buscado con todo cuidado y se os entregará asi que se halle; por lo que á nosotros toca, no hay un suizo que pueda conocer su valor, y asi si ha caido en manos de alguno de nuestra comitiva, bien pronto lo presentará como una bagatela de poquísimo valor.

-- Cuando decia esto, llamaron á la puerta: Rodulfo, que era el que estaba mas cerca, pre-

guntó quién era, y vino á decir sonriéndose que era el buen Segismundo, preguntando al mismo tiempo, si se le admitiria al consejo.

— ¡Pobre muchacho! ¿y á qué? dijo el Landamman tambien sonriéndose.

— No obstante permitidme que le abra la puerta, dijo Philipson; él desea entrar y quizas tendrá que darnos algunas noticias: he observado, amigo Landamman, que aunque vuestro hijo es tardo en concebir y formar sus ideas; sin embargo las tiene á veces felices, y es firme en sus principios.

Dejó, pues, entrar á Segismundo, mientras que Arnaldo agradecido de la política de Philipson elogiando á un joven que sin duda alguna era el de mas tarda imaginacion de toda su familia, esperaba con temor, no diese su hijo alguna prueba pública de su escaso talento; por último entró Segismundo con un aire de confianza, que ciertamente no carecia de fundamento, pues antes de hablar palabra, puso en manos de Philipson el collar de brillantes con la caja de zándalo que le contenia. Esta cosa tan bonita, es vuestra, le dijo: a lo menos asi me lo acaba de decir vuestro hijo Arthur, quien tambien me ha dicho, que os

alegrariais en estremo de volverla á hallar.

-- Os doy gracias de todo corazon, contestó el comerciante, ciertamente es mio este collar, es decir, el paquete que le contenia me ha sido confiado, y es para mí en este momento de un valor mucho mas grande, que el que en sí pueda tener realmente puesto, que es la prenda, y por decirlo asi la credencial del importante cargo que debo cumplir. Pero decidme amigo, continuó dirigiendose á Segismundo, ¿cómo habeis sido tan feliz recobrando lo que hasta ahora habiamos buscado inutilmente. Yo os doy las cumplidas gracias, yo os ruego no tengais por escesiva mi curiosidad, si me atrevo á preguntaros ¿cómo ha llegado esta alhaja á vuestro poder?

-- En cuanto á eso, respondió Segismundo, la historia será muy corta. Como yo no habia visto jamás quitar la vida á un hombre, me arrimé cuanto pude al cadalso donde debian degollar al gobernador, miré con atencion al verdugo quien me pareció muy diestro en su oficio, el cual en el mismo instante en que cubria con un paño el cuerpo del difunto Archibaldo, ví que le sacaba alguna cosa de un bolsillo, que ocultó apresuradamente en su cinto,

luego que oí que se estába buscando un objeto de mucho valor y que no se podia encontrar, me acordé de aquel bribon y me decidí á buscarle. Despues de haber andado mucho inutilmente, supe que estaba en la taberna del pueblo, donde en efecto le encontré bebiendo alegremente con otros tan mal carados como él. Presentéme en el corro con mi partesana en la mano, intimando al picaron, que me entregase al instante lo que habia quitado al difunto, sino queria probar el peso de mi alabarda, el señor verdugo quiso tenerselas conmigo; pero yo le dige: pocas razones, ó me das lo que te pido, ó te rajo la cabeza: con esto me alargó la caja que tenia el bribon en su bolsillo, y yo les dejé que siguieran bebiendo, hasta que no quisieran mas; y... esta es toda la historia.

— Sois un mozo honrado, dijo Philipson; y cuando el corazon es recto, las acciones tienen que serlo comunmente del mismo modo: ahora, amigo mio, vuelve á tomar esta caja y llevasela al punto á mi hijo Arthur.

El Landamman manifestó suma alegria por la conducta de su hijo, y Segismundo por su parte satisfecho de verse aplaudido, lo que ra-

ra vez conseguir, se fue corriendo á llevar la caja al joven inglés, quedándose otra vez solos los diputados en el consejo.

Despues de un momento de silencio, Arnaldo, volviendo á tomar su natural gravedad se dirigió á Philipson y le dijo:

— Los ofrecimientos que nos habeis hecho, cuando no teniais aun en vuestro poder, esas piedras relucientes, no serán para nosotros un motivo de obligacion para que cumplais ahora lo que entonces prometisteis, pues tal vez el hombre crée poder hacer cosas, si se hallase en la situacion que desea, que cuando en efecto se halla en ella, conocen son superiores á sus fuerzas, pero ahora que tan felizmente, y de un modo tan inesperado habeis recobrado la posesion del objeto, que decis debia daros cierto crédito para con el duque de Borgoña, me atrevo á preguntaros si os creeis en estado de poder servir de mediador para con él, segun lo habiais ofrecido antes.

Al oir esto todos fijaron sus miradas en el comerciante como para inquirir lo que iba á responder.

— Landamman, dijo Philipson, jamás por dificil que haya sido mi posicion, he hecho

una promesa que no pudiese cumplirla, cuando desapareciese aquella dificultad que me lo impedia. Decis que no habeis tomado parte alguna en el ataque de la Férette y os creo: tambien decis que la ejecucion de Archibaldo se ha verificado en virtud de una sentencia, en que no habeis podido influir de modo alguno. Redactad un proceso berval en que consten todas estas circunstancias con las pruebas en cuanto sea posible: dadme sellado este documento si lo teneis á bien, y si los tales hechos son bien ciertos, yo os doy mi palabra de.... de honrado inglés, que el duque de Borgoña no os hará prender, ni menos injuriará vuestras personas. Espero tambien probar á Cárlos con razones fuertes y poderosas, que un tratado de alianza entre la Borgoña y los Cantones Unidos de la Elvecia, seria para él, una medida prudente y noble; tal vez no conseguiré esto último, en cuyo caso mi corazon se llenará de disgusto, pero asegurándoos la llegada sin riesgo á la corte del Duque, y pacífica vuelta á vuestro pais, creo no me arriesgo á engañaros: si me equivoco, mi vida y la de mi hijo único, de un hijo querido servirán de indemnizacion por mi escesiva confian-

za en la honradez y justificacion del Duque.

Todos los diputados guardaron silencio, mirando fijamente al Landamman hasta tanto que Rodulfo tomó la palabra.

— Debemos pues, prorrumpió, esponer nuestra vida, y lo que aun es mas preciso, la de nuestro honrado compañero Arnaldo Biederman, bajo la simple garantia de la palabra de un estrangero. Todos conocemos el carácter del Duque, sabemos el odio que siempre ha alimentado, contra nuestra patria y sus intereses, por tanto me parece que el señor Philipson, deberia esplicarnos con mas claridad, en qué se funda su esperanza de ser creido en la corte de Borgoña, si quiere que le demos una entera confianza.

— Eso es lo que yo no puedo hacer, Rodulfo Donnerhugel, contestó el inglés, yo no trato de saber vuestros secretos, y los mios no pueden comunicarse. Si yo no consultase mas que mi seguridad personal, el partido mas prudente que debiera tomar seria el de separarme de vosotros ahora mismo; pero el objeto de vuestra mision es la paz, si despues de lo que ha sucedido en esta plaza, volveis inmediatamente á la Suiza la guerra será inevitable, creo

poder ofreceros una audiencia particular con el Duque, en la que podreis hablarle francamente y sin temor; y cuando se trata de asegurar la paz á los pueblos cristianos, me encuentro dispuesto á desafiar todos los riesgos que pudieren amenazar á mi persona.

-- No digais mas, amigo Philipson, replicó el Landamman, no dudamos de vuestra fé, y ¡desgraciado del que no vé su divisa marcada en vuestra frente! iremos pues á la corte de Cárlos, dispuestos á aventurar nuestras vidas, antes que dejar de cumplir la comision de que estamos encargados; el que no arriesga su vida sino en batalla campal, solo tiene un valor á medias; otros riesgos hay, no menos honrosos al que los desprecia, y puesto que el interes de la Suiza exige que nos espongamos, ninguno de nosotros dudará en aventurarse.

Los demas miembros de la diputacion, manifestaron que asentian, con un movimiento de cabeza; el consejo se saparó, y ya no se pensó en otra cosa que en disponerse para entrar en Borgoña.

CAPÍTULO III.

El Sol aproximándose al poniente
Heria ya con sus postreros rayos
El lado de las rocas de moho llenas,
Y del Rhin relumbraban la corriente.

Southey.

Los diputados suizos consultaban entonces al comerciante inglés sobre todos sus movimientos; por tanto, les animó á que hiciesen su viaje con toda celeridad, á fin de que llegasen los primeros á dar cuenta al Duque de los sucesos que acababan de pasar en la Férette, evitando de este modo los rumores poco favorables, que pudieran llegar á sus oidos, acerca de su conducta en aquella circunstancia. Philipson les encargó tambien que despidiesen la escolta, pues las armas y número de hombres que la componian podian dar motivos de desconfianza, y para la defensa no era

bastante fuerte; por último, les aconsejó que se dirigiesen á Dijon ó á otro cualquier sitio donde se hallase entonces el Duque, á présuradamente y á caballo.

Sin embargo, esta proposicion esperimentó una oposicion invencible de parte del individuo, que hasta entonces se habia manifestado el mas asequible de los diputados, y por decirlo asi el eco de la voluntad del Landamman. Aunque Arnaldo Biederman declaró que se conformaba enteramente con el parecer de Philipson, y que era muy conducente el diputado Bonstetten se opuso abiertamente; pues decia que jamás le habian fallado sus piernas, que siempre le habian servido bien para transportarse de un parage á otro, y asi que le era imposible decidirse á caminar á caballo. Como se le vió obstinado en este punto, se decidió definitivamente, que marcharian delante los dos ingleses, haciendo su viaje con la mayor celeridad posible, y que Philipson informaria al Duque de cuanto habia visto por sus propios ojos en la toma de la Férette. El Landamman le aseguró además, que remitiria por medio de un hombre de confianza, los pormenores de la muerte del go-

bernador, y que haria fuese persona que mereciese ser creido del Duque.

Adoptado que fue este plan Philipson aseguró á los diputados que esperaba lograr una audiencia particular de Cárlos en el momento que llegase.

— Podeis contar con mi mediacion, añadió, la cual procuraré hacer tan estensiva cuanto alcancen mis facultades; y en verdad que nadie mejor que yo puede testificar la crueldad y avaricia del malhadado Archibaldo, pues he estado tan próximo á ser su víctima; pero en cuanto á su juicio y ejecucion nada sé, y por consiguiente nada puedo decir en el particular; y como es probable que el duque Cárlos me pregunte en el asunto, y cómo se hizo aquella justicia sin contar con ninguna autoridad ni ley, será conducente me informeis de todas las razones que pensais presentarle en semejante materia, que no deja de ser importante.

La proposicion del mercader hizo nacer alguna perplejidad en el ánimo del Landamman, quien mostrándose dudoso y llamando aparte al inglés, le dijo en voz baja:

— Amigo mio, los arcanos son en general

como las nieblas espesas, que ocultan lo mas hermoso de la naturaleza cuando mas deseamos verlo; ya habeis visto el modo con que Hagenbach fue degollado; nosotros por nuestra parte cuidaremos de hacer saber al Duque, en virtud de qué autoridad se hizo aquella justicia: esto es cuanto puedo deciros por ahora, y os encargo que hableis lo menos que podais en el particular, si quereis evitar inconvenientes.

— Digno Landamman, dijo el inglés, del mismo modo que vos aborrezco los hechos oscuros, tanto por mi carácter como por espíritu de patria; no obstante, tengo tanta confianza en vuestra honradez y franqueza, que espero sereis mi guia en tan críticas circunstancias, como lo fuisteis en medio de las nieblas y montañas de vuestro pais natal; en uno y otro caso estoy decidido á concederos una confianza sin límites, pues conozco vuestra sagacidad; permitidme, sí, que os encargue que las esplicaciones que debeis enviar al Duque sean breves y pronto; siendo asi me lisonjeo de que mi escaso crédito, cerca del Duque, podrá influir bastante en vuestro favor, y ahora nos separaremos, aunque con la

esperanza de volvernos á reunir bien pronto.

Philipson fue en busca de su hijo, á quien encargó alquilase caballos y buscase una guia que los condujese con prontitud á presencia del duque de Borgoña. Por las noticias que pudieron adquirirse de algunos habitantes de la Férette, y principalmente de los soldados, supieron los ingleses que Cárlos se hallaba ocupado hacía algun tiempo en tomar posesion de la Lorena, y que temiendo las intenciones poco amistosas del emperador de Alemañia y del duque de Austria, habia juntado á las inmediaciones de Estrasburgo una considerable parte de su ejército, á fin de estar pronto á reprimir toda tentativa de parte de aquellos príncipes, ó de las ciudades libres del imperio, para detenerle en el curso de sus conquistas. En aquella época merecia bien el duque Cárlos el renombre de Temerario; aunque los ingleses le apellidaban el atrevido; pues cercado de enemigos, cual noble Leon que se ve perseguido de los cazadores, se hacía respetar por su actitud imponente no solo de los príncipes y estados que acabamos de citar, sino tambien del mismo Rey de Francia, tan poderoso como él, y mucho mas político.

Nuestros dos viageros se encaminaron pues hácia el campo del duque de Borgoña, ocupada la mente de cada uno en profundas y melancólicas reflexiones, sin que ninguno pusiese mucha atencion, por la misma causa, en la situacion del otro: caminaban absortos en sus pensamientos y mas silenciosamente que lo habian hecho otras veces. El honrado carácter de Philipson, su respeto á la probidad del noble Landamman, y su reconocimiento por la hospitalidad, que le habia dispensado; le hacian mirar como propia la causa de los diputados suizos, y asi no se arrepentia de los ofrecimientos que les habia hecho; pero cuando traia á su memoria la naturaleza é importancia del asunto personal que tenia que tratar con un príncipe imperioso, altivo é iracundo no podia menos de sentir que las circunstancias hubiesen de mezclar su comision particular tan interesante para él y para sus amigos, con la de unos hombres á quienes el duque de Borgoña habia de mirar con tan malos ojos, como Arnaldo Biederman y sus compañeros, y por mucho que fuese su reconocimiento por la buena acogida que habia recibido en Geirstein le era sensible el recordar que la necesidad le

hubiese obligado á aprovecharse de aquel favor.

Las ideas de Arthur no eran mucho mas satisfactorias; se hallaba nuevamente separado del objeto hácia el cual, y como á pesar suyo se dirigian todos sus pensamientos, y esta segunda separacion habia acaecido cuando se hallaba de nuevo obligado á mayor reconocimiento, y en la ocasion en que ciertas circunstancias misteriosas habian exaltado su imaginacion fogosa. ¿Cómo conciliar el carácter de Ana de Geierstein, á quien siempre habia conocido dulce, franca y sencilla, con el de la hija de un mago, y para quien la noche era como el claro dia, y un oscuro calabozo cerrado con fuertes barras de hierro, franco y accesible como el pórtico de un templo? ¿podian acaso edintificarse, dos seres tan diferentes, los cuales aunque revestidos de las mismas formas, uno era cuerpo real, cuando el otro parecia solo una sombra, á quien le era permitido dejarse ver entre los demas seres vivientes?... ¿No la habia de volver á ver? ¿No lograria jamás, oir de su propia boca la esplicacion de aquellos misterios, que de un modo tan singular se enlazaban entre sí? Tales eran los pensamientos que ocupaban la mente del joven inglés, lo que le

impedia interrumpir á su silencioso padre, no menos agitado que él, aunque con ideas tan diversas.

Si cualquiera de los dos viageros, hubiera tenido su espíritu dispuesto á recibir impresiones agradables, nada como el pais por donde transitaban, hubiera podido ofrecérselas. Caminaban por la izquierda del caudaloso Rhin, cuya rivera llana y unida, presenta á la vista un pais ameno, pues la cadena de los montes de Alsacia, que sigue la misma direccion, no se acerca tanto que pueda alterar la superficie unida del valle que media entre aquella y las márgenes del rio; el cual precipitándose con fuerza, rodea las rias á las que parecen querer oponerse á su paso; espectáculo á la verdad el mas imponente y magestuoso que puede ofrecer la naturaleza: la orilla derecha del Rhin está coronada de numerosas montañas, pobladas de árboles, y cortadas por valles frondosos, lo que constituye el pais conocido con el nombre de bosque negro, del cual se cuentan tan sombrias supersticiones. No obstante, aquella comarca, presentaba objetos de terror, los antiguos castillos que se encontraban de trecho en trecho, las margenes del rio, ó en las inmedia-

ciones de los torrentes y riachuelos que desaguan en él, no eran entonces ruinas pintorescas las cuales se han hecho interesantes por la historia de sus antiguos habitadores; eran en todavia verdaderas fortalezas inespugnables al parecer, que poseian los caballeros-aventureros de que ya hemos hecho mencion. Los riesgos á que esponia la proximidad de aquellas fortalezas, solo podian tener lugar en la orilla derecha del Rin; es decir, por el lado de la Alemania, pues la anchura y profundidad de aquel impedia á estos merodeadores á hacer incursiones en la Alsacia. Pero la orilla izquierda, en la mayor parte de la cual, egercia su dominio bajo diversos títulos el duque Cárlos, estaba protegida por magistrados ordinarios, apoyados con numerosas tropas pagadas de las propias rentas del duque de Borgoña, pues al modo que Luis su rival, y á instancias de otros príncipes de aquella época, habia conocido que el sistema feudal, daba á los vasallos cierta independencia que podia ser dañosa; por lo que habia creido mas prudente subsistir en su lugar un egército permanente, compuesto de compañías francas, ó de soldados de profesion cuya mayor parte venian de Italia y consti-

tuian la fuerza principal del egército de Cárlos, ó á lo menos eran los soldados mas de su confianza.

Nuestros viageros siguieron su camino por la orilla del Rin, con toda la seguridad que podian prometerse en un tiempo como aquel, de violencia y de desorden. Philipson en fin, despues de haber mirado con atencion al guia le preguntó á su hijo, quién era aquel hombre.

-- Archur contestó, que se habia apresurado demasiado en buscar un hombre que supiese bien el camino y quisiese guiarlos, para haber podido tomar los informes necesarios acerca de su calidad ó profesion, pero que si se habia de juzgar por las apariencias le parecia un mendigante de los muchos que recorren los pueblos buscando su alimento á costa de los crédulos habitantes; á quienes á veces saben muy bien engañar.

El trage de este hombre era semejante al que usan los peregrinos, y llevaba un gran sombrero adornado con varias conchas y un gran bordon en las manos, su edad parecia tocar en los cincuenta años; era bien formado, y su cara sin ser hermosa inspiraba bastante interés; su mirar era vivo y sagaz, y todos sus

modales acompañados de la mas grave compostura, lo que no decia muy bien con el aire de su rostro que indicaba travesura, á pesar de lo comun que suele ser en gentes de semejante profeson, que tomando por pretesto un fin piadoso, se proponen vivir sin trabajar y vagando siempre por no emplear sus brazos en las penosas tareas á que está condenado el hombre.

-- ¿Quién eres, amigo? le preguntó Philipson ¿cómo te he de llamar durante nuestro viage?

-- Bartolomé, señor, respondió el guia. ¿Y cuál es el fin de tu viage? mi viage terminará cuando el vuestro, dijo el guia, pues iré con vos á todas partes mientras que mis servicios puedan seros útiles, contando con que me dejareis el tiempo necesario para dedicarme á mis devociones.

-- Es decir, que tu viage no tiene objeto determinado ni urgente.

-- Ninguno, señor, aunque podria decir que los objetos de mi viage son tantos, que me es indiferente empezarle por uno ó por otro. He prometido recorrer varios sitios devotos, por espacio de cuatro años, pero no me he obli-

gado á visitarlos por orden determinado.

-- ¿Con que tu peregrinacion, no te impide servir de guia á los viageros cuando encuentres quien te necesite?

-- De ningun modo, antes creo hacer una buena obra, sirviendo de conductor á mis semejantes, que sin mí, tal vez se estraviarian por caminos que no conocen.

-- Entretenidos con semejante conversacion, y otras que se suscitaron entre el inglés y el guia, llegaron los tres viageros, y cuando menos lo esperaban á encontrarse con tres personas que venian detrás de ellos, y que en este momento los alcanzaron.

La primera era uua joven muy bien vestida, montada en un brioso caballo que guiaba con suma destreza, llevando en el brazo derecho un esmerejon (1), y cuyo rostro segun costumbre de aquellos tiempos iba cubierto con una careta de seda negra. A pesar de este disfraz, el corazon de Arthur se conmovió en gran manera luego que la vió; pues le pareció al momento la hermosa Elveciana, ó Ana de Geierstein. Seguianla dos personas, al parecer sus criados, de los cuales una era muger, y el

(1) Especie de alcon, ave de caza.

otro el alconero. Philipson, cuyos recuerdos no eran tan vivos en esta ocasion, como los de su hijo; no vió en aquella estrangera mas que una señorita que se divertia en la caza, y como al pasar le saludase con una inclinacion de cabeza, el inglés la contestó con urbanidad, preguntándola si habia cazado mucho.

— No mucho, contestó la dama, y no me atrevo á soltar mi esmerejon tan cerca de éste rio caudaloso, por temor que vuele al otro lado, lo que me espondria sin duda á perderle; pero me prometo tener mejor fortuna cuando hayamos pasado la barca de la cual no distamos mucho, y diciendo esto se acercó como por casualidad al lado de Arthur, á quien dijo con voz que no podian percibir los demas, lo siguiente.

— No manifesteis admiracion, y estadme atento. Arthur conoció al instante la voz de su amada Ana. No os sorprendais os digo, porque lo pueden notar: mil peligros os cercan, conocen vuestros asuntos en este camino, y se ha formado una trama contra vuestra vida. Atravesad el rio por la barca de Hans.....

El guia se acercó tanto en este momento, que la dama tuvo que callar: al mismo tiempo

salió de entre la maleza una pava silvestre y la joven soltó su esmerejon.

El alconero para animar al pájaro, empezó á dar terribles gritos y echó á galope. Philipson y el guia fijaron la vista en el ave y su presa, y entre tanto aprovechándose Ana de la ocasion, prosiguió diciéndole á Arthur: — pasareis el Rhin por la barca que conduce á Kirch-Hoff, que está de la otra parte del rio, alojaos en el toison de oro, donde hallareis un guia que os conducirá á Estrasburgo; no puedo detenerme mas.

Al decir esto la dama se aseguró en la silla, tocó ligeramente á su caballo, ya impaciente por llegar á juntarse con sus compañeros, y partió al galope con tanta velocidad, como si hubiera querido disputar la ligereza al pájaro cazador. Alcabo de algunos minutos se perdieron de vista la dama y sus criados.

Los viajeros siguieron á su paso y en silencio algunos minutos, cuyo tiempo empleó Arthur en reflexionar de qué modo haria saber á su padre lo que acavaban de decirle, sin despertar las sospechas del guia; pero su padre le sacó de este aparo, diciéndole á aquel: — Marchad adelante, que quiero quedarme á al-

gunos pasos de distancia para hablar con mi hijo en particular.

El guia obedeció, y como si quisiese manifestar lo poco que deseaba ocuparse en asuntos de este mundo sublunar, empezó á entonar un himno de alabanzas á la maravillosa naturaleza, aunque con voz tan desentonada, que hasta el último pájaro huia presuroso á lo intrincado del bosque; pero aquella mala música dió lugar á Philipson para tener con su hijo la conversacion que sigue:

—Arthur le dijo: he llegado á persuadirme de que este hipócrita vagabundo tiene formado algun proyecto contra nosotros, y me inclino á creer, que el mejor medio de hacer vanos sus designios ha de ser consultar mi opinion y no la suya, tanto acerca de los sitios donde debemos hacer parada, como del camino que hemos de seguir.

—Pensais con tanto acierto, como teneis de costumbre, padre mio, contestó Arthur. Creo firmemente que este hombre es un traidor, y me lo hace pensar, lo que acaba de decirme esa joven que ha pasado adelante; la cual me ha aconsejado que tomásemos el camino de Estrasburgo, por la orilla de-

recha del Rhin, para lo cual deberemos atravesar este rio por el sitio llamado Kirch-Hoff, que está al otro lado.

— ¿Y piensas tú del mismo modo, Arthur?

— Apostaria con mi propia vida acerca de la buena fe de esa joven.

— ¡Qué! ¿Porque monta bien acaballo, y porque tiene talle airoso ha de ser creida? Ese modo de juzgar es propio de un joven, y sin embargo mi corazon austéro, con toda su circunspeccion, se inclina fuertemente á seguir ese consejo. Si en este pais se sabe nuestro secreto, ha de haber sin contradiccion, muchas personas dispuestas á creer que puede resultarles un beneficio si me impiden el llegar á ver al duque de Borgoña; y por tanto prontas á emplear al efecto los medios mas violentos; y ya sabes con cuánto gusto sacrificaria mi vida por cumplir mi comision; por tanto, Arthur, debo decirte, que me pesa del poco cuidado que he puesto hasta aqui, para asegurarme los medios de cumplirla, por efecto del deseo natural que yo tenia de conservarte á mi lado. Dos caminos tenemos para ir á la Corte del Duque, y ambos igualmente peligrosos é inciertos; deberemos seguir á ese

guia, contando con su dudosa fidelidad, ó pasar á la otra orilla del Rhin, atravesando despues este rio en Estrasburgo. Quizás son iguales los riesgos en ambos lados; pero conozco que es de mi deber disminuir el riesgo en que estoy de no poder ejecutar mi encargo, haciendo que paseis á la orilla derecha, mientras que yo prosigo mi viage por el lado izquierdo: de este modo si á uno de nosotros le sucediese algo el otro podrá evitar el peligro, y cumplir la importante comision de que estamos encargados.

¡Ah! padre mio! ¿cómo podré obedeceros siendo asi que es imposible ejecutarlo sin dejaros solo, y espuesto á luchar con tantos riesgos y dificultades, en las cuales al menos tendré el placer de ayudaros, aunque mi ausilio sea de tan poco valor? por grande que sea el peligro que pueda amenazarnos en circunstancias tan críticas, tengamos siquiera el consuelo de estar juntos.

— Arthur, querido hijo mio, separarme de tí es partirme el corazon; pero el mismo deber que nos manda esponernos á la muerte nos obliga tambien con imperio á no ceder á nues-

tros afectos de ternura... es menester que nos separemos.

— En este caso, esclamó vivamente el hijo, concededme por lo menos una cosa: vos atravesareis el Rhin, y yo proseguiré mi viaje por este camino que habiamos pensado seguir.

— ¿Y por qué he de tomar yo el camino de la derecha mas bien que continuar este?

— Porque como ya os he dicho antes, estoy seguro de la buena fe de aquella joven, dijo Arthur con viveza.

— ¡Todavía! ¿y por qué se ha de fiar tanto en la palabra de una joven? Tal confianza se la concede siempre la juventud, á quien le parece hermoso y agradable, ¿ó la conociais ya?

— ¿Qué quereis que os responda, padre mio? ha mucho tiempo que estamos distantes del trato de los caballeros y de las damas; por tanto, parece natural que á toda persona que nos recuerde las obligaciones de la caballería, la concedamos aquella confianza natural que rehusamos á las personas que como ese vagabundo no inspiran confianza alguna.

— Semejante idea podrá convenir, Arthur, á un aspirante á los honores de la caballería,

el cual bebe en los romances de los trobadores cuanto se figura en los sucesos y vida de los caballeros; pero es cosa muy ridícula para un joven que como tú ha visto ya cómo se conducen los asuntos en este mundo. Te digo, y quiero que conozcas la verdad: mas sinceridad y buena fe se encuentra en la cabaña del Landamman que en la corte mas floreciente de cualquier monarca. ¡Ah! el espíritu fuerte del honor y la buena fe ha desaparecido del corazon de los caballeros, donde segun palabras de Juan, Rey de Francia, deberia subsistir aun cuando hubiese sido desterrado de todas las demas clases de la sociedad.

— Sea como quiera, padre mio, os ruego me concedais esta gracia: si hemos de separarnos, seguid la orilla derecha del Rhin; pues estoy convencido de que es el camino mas seguro.

— Pues si es el mas seguro, le replicó su padre, eso mismo es una razon para que yo no trate de esponer al riesgo tu vida, que se puede decir empieza ahora, cuando la mia acaba. No, hijo mio, no.

— ¡Pero padre mio! esclamó Arthur con voz fuerte, hablando asi olvidais cuánto mas im-

portante es vuestra vida que la mia, para poner en práctica el proyecto que tanto tiempo hace teneis formado, y que está á punto de cumplirse. Reflexionad que yo no podria sino imperfectamente cumplir vuestra mision; pues ni conozco al Duque ni tengo credenciales para lograr su confianza. Verdaderamente podria decirle lo mismo que vos; pero me faltarian motivos de crédito, y por consecuencia vuestros proyectos, por cuyo éxito esponeis vuestra vida, y aun desafiais á la muerte en este momento, no podrian menos de malograrse en mis manos.

— No te canses en querer variar mi resolucion, ni persuadirme á que mi vida sea mas preciosa que la tuya; y lo que únicamente me haceis recordar, es, que tú debes llevar el collar, como prueba de nuestro encargo, y no yo. Si consigues llegar á la presencia del duque de Borgoña, la posesion de esta joya te será indispensable, si has de lograr ser creido. Yo no la necesito tanto como tú; puesto que puedo citar otras circunstancias, que añadirán fe á mis palabras, si pluguiese al Cielo que hubiera de quedar solo para cumplir tan importante mision: ¡ojalá no suceda asi! No

olvideis que á la primera ocasion que se presente has de atravesar el Rhin, dividiendo tu marcha de modo que vuelvas á pasar el rio por Estrasburgo, donde preguntarás por mí en la fonda del Ciervo-Alado, la cual es bien conocida en aquella ciudad, y por tanto fácil de hallar: sino consigues saber nada partirás al punto en busca del Duque, á quien darás este paquetito; y diciendo esto puso entre las manos de su hijo, con el mayor cuidado, á fin de que el guia no lo echase de ver la cajita que contenia el collar de brillantes.

-- Bien sabes lo que debes hacer despues, continuó Philipson, solamente te ruego que por el deseo de saber de mí, no retardes un solo momento el cumplimiento de este deber. Entre tanto prepárate para despedirte de mí, de repente y con tanta resolucion y confianza, como cuando marchabas por las rocas de la Suiza, enmedio del uracan. El mismo Señor vela sobre nosotros que velaba en aquel dia. A Dios, mi querido Arthur, pues si esperase para despedirme el momento de la separacion, casi no tendria valor para pronunciar esta terrible palabra, y no quiero que tus ojos vean mas que una lágrima, que inspirará el dolor.

La dura pena que acompañaba á esta anticipada despedida, era sincera y profunda por ambas partes; y aun en los primeros momentos no se acordó Arthur de la consoladora idea, de que provablemente se hallaria protegido por aquella muger singular, cuya memoria no le abandonaba jamás. Es verdad, que la belleza de Ana, y el modo estraño con que se habia presentado á su vista aquella mañana, habian sido el objeto principal de sus discursos; pero una nueva idea, escluia entonces á todas las demas, y era el deber separarse en un momento del peligro, de un padre que por tantos títulos merecía tanto su estimacion y cariño.

Sin embargo, el padre enjugó una lágrima que su carácter estóico no pudo detener, y como si temiese debilitar su resolucion, abandonándose á la ternura paternal, llamó al buen Bartolomé y le preguntó si distaban aun mucho de la barca de Hanz.

-- Como cosa de una milla, contestó el guia.

El inglés le preguntó en seguida, con qué motivo se habia edificado en aquel mismo sitio una ermita dedicada á la Virgen Santísima; á lo cual le contestó Bartolomé, dicién-

dole: que un barquero anciano, que tambien era pescador y se llamaba Hanz, habia vivido largo tiempo en aquel sitio, donde proveia á su precario alimento, pasando en su barca de una á otra orilla á los viageros. La reiterada desgracia que tuvo de perder sucesivamente dos barcas, que fueron sumergidas en las corrientes caudalosas del Rhin, y el temor que inspiraron á los viageros estos accidentes repetidos, empezaron á disminuir considerablemente los productos de su industria. Como buen católico que era este anciano, volvió los ojos en su afliccion á la religion consoladora; púsose á examinar su vida pasada, tratando de inquirir qué delito podria haber cometido, que fuese origen de sus presentes males. No tardó en recordársele, que en cierto tiempo, y un dia que estaba el rio mas agitado de lo regular, se habia presentado para que le pasase en su barca un religioso que llevaba consigo la imagen de nuestra Señora, destinada, segun él dijo, para la ermita de la aldea de Kirch-Hoff, situada en la otra orilla; con el fin de espiar esta falta, Hanz se sometió á una vida penitente; pues no dudaba que habia hecho mal en tener tan poca confianza en el fav^{..} de la Vírgen Santísima,

por cuyo medio ningun poder hubieran tenido las aguas embravecidas del Rhin, y con su ausilio hubiera superado la fuerza de la corriente y pasado al religioso, que decia no poderse detener. Al mismo tiempo el anciano empezó á tener el mayor cuidado de no rehusar sus servicios á ninguno que se presentase, queriendo de este modo espiar la falta de que se consideraba culpado; y asi noche y dia pasaba á todo viagero que solicitaba atravesar el rio.

Pasando una vida tan edificante, Hanz, halló un dia á la orilla del Rhin, una pequeña imágen de nuestra Señora, arrojada sin duda por las aguas, la cual le pareció precisamente la misma que llevaba el religioso que rehusó pasar en su barca á Kirch-Hoff. Cogióla pues con reverencia y la llevó á su cabaña, colocándola en lugar preeminente.

Al dia siguiente supo Hanz, que por un efecto de aquellas contiendas feudales, tan comunes en aquellos tiempos, Kirch-Hoff habia sido saqueada y destruida, sin que se hubiera podido libertar ni siquiera la iglesia y sus imágenes, de las cuales la de la Vírgen Santísima habia caido ó sido echada en el rio.

La devocion del pobre pescador le sugerió

la noble idea de convertir su habitacion en una ermita para colocar en ella el sagrado simulacro, como en efecto lo verificó, á pesar de sus cortos medios; y asi abandonando su profesion á manos mas jóvenes y robustas, se dedicó al culto espiatorio de aquella venerable efigie, que denominó con el propio nombre de la barca, que habia sido el instrumento de su agravio y de su hallazgo.



CAPÍTULO IV.

Rhin feliz, en tu orilla se cultiva
Este fruto que al llanto pone fin,
Dando valor á todos, ¡el Rhin viva!
Y repitamos todos: ¡viva el Rhin!

Cancion báquica.

Dos cabañas que se veian á la orilla del rio, y cerca de las cuales estaban amarradas algunas barcas de pescadores, manifestaban que el honrado Hanz no habia dejado de tener sucesores en la profesion de barquero. El rio, que se hallaba un poco mas abajo, estrechado por varias islas de poca consideracion, tenia en este sitio mas anchura, siendo menos rápida su corriente; lo cual ofrecia á los barqueros una superficie mas sosegada, y menos dificultades que superar; aunque no dejaba de ser bastante impetuoso la corriente en esta parte, para poder remontarle á no ser en las ocasiones de perfecta calma.

En la ribera opuesta, pero mucho mas abajo que las cabañas de que hemos hablado, se elevaba sobre una eminencia cubierta de árboles y matorrales, la pequeña ciudad de Kirch-Hoff. Comparado este punto con el de la barca de Hanz, resultaba la mayor facilidad que habia para el paso de la Alsacia á la Suevia (1); por cuya razon eran mas los viageros que le atravesaban para pasar á la Alemania que para salir de ella.

Luego que Philipson, dirigiendo una mirada, se aseguró de que aquel era el paso, con voz firme, dijo á su hijo: anda Arthur, y haz lo que te he encargado.

Lleno el corazon de inquietud causada por el amor filial, obedeció el joven marchando sólo, hácia las cabañas, cerca de las cuales estaban amarradas las barcas, que unas veces servian para la pesca, y otras para conducir pasageros.

-- ¿Qué, se vá vuestro hijo? preguntó el guia.

-- No es mas que por un momento, contestó el inglés: tiene que tomar algunas noticias de los que habitan en esas chozas.

(1) Provincia de Alemania,

— Si es con respecto al camino, estoy cierto de que les aventajo en el saber; pues esos pobres hombres, puede que ni entiendan lo que les dice.

— Si vemos que sus discursos no pueden entenderse, contestó Philipson, recurrirémos á vuestra ayuda; entre tanto, guiadme á la ermita, donde debe venir mi hijo á juntarse con nosotros.

En efecto, se dirigieron á la capilla, aunque con lentitud, y dirigiendo cada uno de ellos una mirada de cuando en cuando, hácia las cabañas, el guia con objeto de examinar lo que hacia el joven, y el padre impaciente por ver surcar las aguas del caudaloso Rhin por la barquilla que debia conducir á su hijo á la rivera opuesta.

Algunos árboles que rodeaban la ermita de Hanz, llamada así, como ya se dijo del nombre de su fundador, daban á este sitio agreste una perspectiva agradable, siendo la capilla, que estaba edificada sobre un pequeño cerro, de un estilo sencillo, pero gracioso, formando bello contraste con el pais que la rodeaba. Su pequeñéz confirmaba la tradicion que decia haber estado alli la habitacion de un pobre

pescador, y la cruz que se elevaba en su centro formada de troncos de abeto sin pulir, manifestaba claramente la pobreza de aquel santuario; pero aquel estrecho y pobre recinto donde reinaba la mas profunda paz convencia al viagero que se acercaba á sus muros, de la fatuidad de las grandezas humanas rodeadas comunmente de afanes, y en medio de las cuales apenas se atreve el hombre á respirar, cuando por el contrario en el yermo mas solitario, cuando la religion le acompaña, su corazon se dilata, y su vida toma nuevo aliento. Solo se oia en aquel parage el sordo ruido que hacian las aguas del caudaloso rio, corriendo suavemente á estrecharse entre las islas que se reunian mas abajo.

Cuando Philipson y su guia llegaron cerca de la ermita, Bartolomé aprovechándose del silencio que guardaba el inglés, empezó á entonar en voz alta algunos cánticos de devocion, esclamando despues: ¡vosotros los que temeis el naufragio, ved aqui el puerto seguro! ¡los que teneis sed, aqui hallareis con que saciarla! ¡y vosotros los que fatigados con largos viages, ansiais el reposo, aqui podeis descansar! sin duda aquel hombre hubiera prose-

guido sus esclamaciones, loables á la verdad si eran diehas de buena fé, si Philipson no le hubiera interrumpido con ademan imponente.

-- Si tu devocion fuese verdadera, le dijo, no harias tanto ruido; pero es bueno seguir los consejos del hipócrita sin imitar su conducta; entremos en la ermita, y roguemos al cielo nos conceda un feliz éxito en nuestro viage.

No bien llegaron á la puerta de la capilla, cuando se presentó á ellos un hombre de aspecto venerable, quien dirigiéndose al guia le dijo, mirándole al mismo tiempo con severidad: -- ¡miserable! ¿cómo te atreves á conducir á un estrangero á este santo lugar, con el fin de asesinarle despues y apoderarte de sus riquezas? pero el cielo no permitirá se verifique tu atentado. Retírate, infame, y vé á decir á tus compañeros que están en camino para venir á incorporarse contigo, que tu falacia de nada ha servido, y que acaso podrán esperar la misma recompensa que ha tenido Archibaldo.

El guia quedó inmóvil por algunos momentos; pero en seguida, y sin replicar palabra, volvió las espaldas y se dirigió acelerado por el mismo camino que habia traido.



Miserable! ¿como te atreves á conducir á un estrangero á este Santo lugar

Entonces aquel mismo hombre respetable por su fisonomía, le contó como el guia que habia traido era un hipócrita, falso y traidor, que queria detenerle en aquel lugar para dar tiempo á que llegasen sus compañeros, y consumar su iniquidad.

Cuando decia esto vieron partir de la rivera una ligera barca en la que se veian dos ó tres hombres trabajando contra la corriente; pero luego que hubieron desplegado la vela, tomó un rumbo sereno trazando una diagonal sobre la superficie del rio.

¡Bendito sea Dios! dijo Philipson, pues sabia que aquella barca, conducia á su hijo fuera de los riesgos á que él mismo estaba espuesto.

-- Todos los hombres tienen motivos para dar gracias al Ser supremo á cada instante por los beneficios que de él reciben; pero vos Philipson, dijo el anciano, teneis mas fuertes razones que otro para estar agradecido.

-- Estoy muy convencido de esa verdad, pero ahora quisiera me digeseis si la sabeis, cuál pudo ser la causa del riesgo de que acabo de librarme.

-- Ni el tiempo ni el lugar, permiten que os

haga una larga esplicacion: baste deciros que ese infame que os acompañaba es bien conocido por su refinada hipocresía; el cual hallándose presente en el momento en que el joven suizo hizo le entregase el verdugo la preciosa joya que Hagembach os habia quitado, concivió el proyecto de robárosla, y asi se encargó de guiaros á Estrasburgo, deteniéndoos en el camino hasta tanto que pudiese juntar un número suficiente de malvados, como él, para atacaros con ventaja, pero afortunadamente su proyecto ha sido vano.

Philipson mas y mas convencido del reconocimiento debido al Supremo Hacedor, entró en la capilla para dar gracias á Dios y á su Santísima Madre, patrona de aquel lugar, donde se habia visto libre de riesgo tan eminente.

Despues de concluido este deber, anunció á aquel respetable anciano, la intencion que tenia de seguir su marcha.

-- No es mi ánimo deteneros de modo alguno, le dijo aquel, antes quiero acompañaros una parte del camino, pues tambien voy á ver al duque de Borgoña.

-- Vos, esclamó el inglés, con la mayor sorpresa; pero yo tengo que ir apresurado prosi-

guió, y vos tal vez, no querreis salir de una marcha regular.

-- De ningun modo, añadió el anciano, yo tengo buen caballo, y prefiero caminar de prisa, ¿pero no traeis bagage?

-- El comerciante le contestó que traia un caballo y una mula cargada de efectos de su comercio, cuyas caballerias habian quedado junto á las chozas de los barqueros, pues Arthur no habia querido llevar consigo los fardos; á fin de que su padre no careciese de cuanto iba en ellos.

Entonces el que parecia hermitaño llamó á un criado suyo á quien mandó le dispusiese el caballo, y se preparase él tambien á seguirle. Philipson fue á buscar su caballo y su mula, preparándose tambien á partir con su nueva compañía.

Arregladas las cosas de este modo, se pusieron en marcha los nuevos viageros, guardando todos el mayor silencio; como si cada uno desconfiase del compañero. En fin al cabo de media hora y antes que se hiciese noche llegaron á una aldea donde el anciano manifestó á Philipson que debian pasar la noche.

Alojáronse en una posada que el criado indicó á Philipson, aunque ni él ni su amo entraron en ella.



CAPÍTULO V.

1.° *Criado.* Alma de cántaro ¿no vés dónde pones los pies? No puedes vivir un momento: que no sea quien soy si no pienso que el romperte la cabeza seria una obra tan meritoria, como el soplarse una botella. Ven acá, y permita Dios que te vea ahorcado cuanto antes.

Gadshill. Hazme el favor de prestarme tu linterna para meter mi caballo en la cuadra.

2.° *Criado.* Poco á poco yo se una jugada que vale por dos de esas.

Gadshill. Préstame tú la tuya, anda.

3.° *Criado.* ¡Pues ya! ¿No podias haberlo dicho? Prestarte mi linterna, antes ciegues que tal veas.

Shakespeare.

El erpíritu de cultura habia introducido ya en las posadas que se hallaban en Francia,

aquel acogimiento afable y cortés, de que habla Crasmo en una época posterior, al compararle con la frialdad austera con que eran recibidos los viageros en los mesones de la Alemania. Philipson pues esperaba ver correr á él, á un posadero cortés y charlatan, á su muger y á su hija llenas de dulzura, de alegria y coquetismo, un criado afable y ligero, y á una criada oficiosa y risueña, como sucedia en Francia, donde ademas se encontraban cuartos separados para cada viagero; mas todas estas ventajas, eran entonces un lujo ignorado en Alemania; y en la Alsacia que es donde esto sucede hubieran sido tenidos por afeminados los viageros que hubiesen manifestado desear otra cosa mas que las provisiones absolutamente necesarias, y aun de estas no se hallaban superiores, ni en abundancia á escepcion del vino.

Viendo el inglés que nadie salia á recibirle, empezó á dar voces: por último se apeó del caballo, y empezó á dar fuertes golpes á la puerta de la posada; pero tardó bastante en ser respondido; hasta que abriéndose una pequeña ventana se dejó ver un viejecillo, preguntándole qué queria, con un tono que indi-

caba mas bien pesar de ser interrumpido, que placer por la llegada de un nuevo huésped.

¿No es esta una posada? preguntó Philipson.— Sí señor, contestó el criado, con poquísimo agrado, é iba á retirarse de la ventana, cuando el viagero añadió: en este caso podré alojarme en ella. Entrad, contestó sucintamente el criado. Decid á alguno que baje para tomar mi caballo, prosiguió Philipson. No hay ninguno que tenga tiempo de hacerlo, cuidad vos mismo de vuestras bestias lo mejor que sepais, dijo el mas impertinente de los criados. ¿Y á donde está la cuadra? preguntó el inglés cuya prudencia y serenidad era ya casi superior á la flema de los alemanes.

Pero el buen viejo que parecia tan económico en el hablar; como si le sucediese lo que cuentan de cierta princesa, que cada palabra suya era una moneda de oro, alargando la mano y sin despegar los lábios, indicó al viagero una parte del edificio que mas parecia bodega que cuadra, retirándose al punto de la ventana que cerró con gran fuerza como si estuviese lleno de enojo.

Philipson, aunque disgustado con semejante acogida, tuvo que hacer de la necesidad

virtud, y asi condujo sus dos caballerias hácia la puerta que se le habia indicado alegrándose no poco de ver la luz que se descubria por las rendijas: entró en una pieza abovedada que se asemejaba mas bien á un calabozo, y en la cual aunque toscamente, se encontraban pesebres para el ganado, y aunque estrecha era muy larga la cuadra, á cuyo estremo opuesto vió dos ó tres hombres ocupados en arreglar y dar de comer á algunos caballos.

El mozo que daba las provisiones era un pobre viejo, y cojo, que no se movia de su asiento sino para pesar el heno ó medir la avena, que le pedian los viageros, y esto lo hacia tan detenidamente y con tanto escrúpulo que parecia que contaba los granos; por tanto no se movió aunque vió entrar al inglés, ni menos manifestó deseo de ayudarle.

Respecto á la limpieza, esta caballeriza, se parecia mucho á los establos de Augias, y sin duda hubiera sido una espedicion digna de Hércules, el ponerla en estado de que no sintiese incomodidad la vista ni el olfato. Facil es de conocer, el disgusto que esperimentaria nuestro inglés. Pero sus compañeros, es decir, el caballo y la mula, no participaron de su pesar,

antes bien se dieron prisa á tomar posesion de los dos pesebres que encontraron mas cerca; aunque no tuvieron ambos igual fortuna, pues un palafrenero descortés, dando un buen latigazo á la mula, la dijo, esto es para que aprendas á no hacerte dueña de un sitio que está destinado para el caballo del baron de Randelsheim.

Jamás tuvo tanta dificultad en reprimirse el comerciante inglés; pero viendo la poca utilidad que podria resultarle de entrar en contestaciones con un hombre semejante, calló Philipson, y apartó al animal de aquel sitio de donde se le habia echado con tan poca cortesia, dirigiéndose despues á darles el necesario alimento. Concluido esto, el comerciante preguntó al mozo si podria dejar alli sus fardos con seguridad.

— Bien podeis dejarlos, si quereis, contestó aquel, pero lo mejor será, para que esten seguros, que os los lleveis, y asi no habrá motivo de temer que alguno los vea y los agarre.

Dicho esto, dió avena al comerciante, y cerró su pico sin que todas las preguntas que le hizo el inglés fuesen capaces de hacerle hablar una sola palabra.

Philipson recordando la necesidad que tenia de desempeñar bien su papel de simple y prudente comerciante, é imitando lo que habia visto hacer á los demas, cargó con su equipage, y se lo llevó á la posada.

Dejáronle entrar mas bien que le recibieron en el *stubé* público, ó cuarto comun para todos los pasageros, donde cual arca de Noé todos tenian cabida, puros é impuros sin la menor distincion.

Este nombre *stubé*, quiere decir literalmente estufa, y el cuarto que asi se llamaba en las posadas alemanas, tomaba su nombre de una muy grande que se mantenia siempre encendida en medio de un estenso aposento, donde tenian que alojarse indistintamente todos los viageros; los cuales segun el gusto, ó necesidad de cada uno, se ocupaban en jugar, en lavarse, ó en conversacion con los compañeros.

Semejante escena, repugnaba á la delicadeza del buen inglés, que desde luego deseaba sustraerse de ella, y asi buscó al posadero, lisongeándose de que con el ausilio de algunas monedas, único argumento para las gentes de su profesion, lograria un cuarto separado, donde

descansar tranquilamente. Un Ganymedes canoso á quien preguntó por su amo, se le enseñó casi escondido detrás de la enorme estufa, donde parecia tener oculto el mérito de su persona. Era de poca estatura, pero grueso, y las piernas las tenia torcidas, mas se daba mucha importancia; haciendo en esto lo que la mayor parte de sus compañeros de industria, aunque su fisonomía y modales se diferenciaban mucho de los que usan los alegres fondistas de Francia y de Inglaterra.

Philipson, no ignoraba la aspereza de los posaderos alemanes; pero no habia dejado de hallar en algunos, cierta condescendencia, cuando se les sabia tratar; pero el semblante de este nuevo mesonero tenia un aspecto trágico que quitaba toda esperanza de encontrar en él la menor complacencia, como se vá á ver en el siguiente diálogo.

-- Amigo mio, le dijo Philipson, con la mayor dulzura; estoy cansado y no muy bueno; ¿me hariais el favor de darme un cuarto separado, y alguna cosa de comer?

-- Bien podeis pedirlo, contestó el mesonero, aunque en un tono que discordaba mucho del sentido de sus palabras.

— En ese caso, hacedme llevar á otro aposento lo mas pronto que podais.

— Poco á poco, os he dicho que podiais pedirlo, pero no que accedia á ello; si quereis estar servido de otro modo que los demas, debeis ir á buscar otra posada.

— Pues bien, no cenaré, y aun pagaré como si lo hubiera hecho; y solo os pido me deis un cuarto separado.

— Señor viajero, aqui todos pagan lo mismo, y asi todos tienen iguales derechos para ser alojados; cualquiera que entra en mi posada debe comer y beber lo mismo que los demás, sentarse á la mesa con todos, é irse á acostar cuando se haya acabado de beber.

— Todo está muy bien, dijo Philipson con humildad, puesto que conoció lo poco que le habia de aprovechar el dejarse arrastrar del enojo; yo no me opongo de modo elguno á vuestros usos y costumbres, pero creo, añadió, sacando su bolsillo, que un enfermo puede lograr algunos privilegios, principalmente cuando está dispuesto á pagarlos, encuyo caso me parece que pueden sufrir alguna modificacion vuestros reglamentos.

— Mi casa, señor, es una posada, no un hos-

pital; si permaneceis en ella sereis asistido como todos los demás; pero sino quereis hacer como ellos, podeis salir á buscar donde estar.

Oido esto el inglés trató de ahorrarse de contestaciones, y se apartó de su grosero huésped para aguardar la cena en aquella habitacion tan poblada. Algunos de sus habitantes llenos de cansancio dormian á pierna suelta roncando profundamente; otros hablaban de asuntos políticos, y otros finalmente mas alegres, reian y jugaban de diversos modos. Entre los pasageros que alli se hallaban, los habia de todas clases; unos muy aseados y compuestos, y otros se diferenciaban, poco de los pobres que mendigan.

Uno de estos, aunque no de muy mala traza, y al parecer alegre, se acercó á Pimpson, entablando con él conversacion. La sobrada esperiencia que habia adquirido el inglés, le habia hecho conocer bastante lo necesario, que es aparentar jovialidad y franqueza, cuando se trata de ocultar los verdaderos designios que encierra el pecho; por tanto, recibió con afabilidad á aquel desconocido con quien habló largo rato de varios asuntos concernientes, los mas á la industria y al comercio.

Mientras que esto sucedia, el posadero que habia salido volvió á entrar en el cuarto, y subiéndose á un barril viejo que habia en el mismo, recorrió con su vista el aposento, como para ver si estaban todos los que esperaba; y alzando la voz dijo: -- ciérrense las puertas, y póngase la mesa.

-- ¡Dios sea loado! prorrumpió el desconocido, pues nuestro huésped ha renunciado por fin á la esperanza de ver llegar mas viajeros esta noche; sin lo cual nos hubiera hecho ayunar sin piedad alguna: sí, ya traen los manteles: bien cerrada estará la viejísima puerta; y cuidado, que si Yan-Mengs llega á decir que se cierre la puerta, bien pueden estar llamando hasta el dia del juicio, que no haya miedo que se les abra.

-- Estrecha es la disciplina que mantiene Mengs en su casa, dijo el inglés.

-- Tan estrecha como la del duque de Borgoña, contesto el pasagero; despues de las diez nadie entra en su casa. La espresion, id á otra parte es hasta dicha hora, una amenaza condicional; pero en dando las diez, el que está fuera no entra, y el que estuviere dentro, dentro se queda: esta casa se asemeja

entonces á una ciudadela sitiada, cuyo senescal es Yan-Mengs.

-- Y nosotros sus prisioneros; ¿no es esto? dijo Philipson, pues bien, consiento: sé que un viajero prudente debe someterse á la voluntad del gefe del pueblo donde se halla; y espero que un potentado como el señor Mengs, no dejará de manifestarnos toda la clemencia que su dignidad le permita.

Mientras que asi hablaban, el criado con gran pena puso la mesa, cubriéndola con un mantel, ni muy limpio ni muy fino, y colocando para cada convidado una hortera, su cuchara de palo y un vaso; pues tenedor no se usaba entonces, y cuchillo se suponia que no habia viajero que no le llevase.

Luego que estuvo puesta la mesa, los convidados hambrientos, se dieron prisa á tomar asiento alrededor de ella, despertándose los que dormian, y suspendiendo sus respectivas ocupaciones los políticos y jugadores, procurando á cual mas tomar el mejot asiento; pero á pesar de la buena actitud que la mayor parte de los convidados presentaban, tardó bastante en volver el mozo trayendo un gran cántaro de vino de la Mosela, tan agrio y

malo, que Philipson no hizo mas que probarlo y separar al momento el vaso de sus lábios, haciendo un gesto que no hubo de agradar al mesonero, que estaba sentado á la cabecera de la mesa, en una silla mas alta que las demás; y asi le dijo al inglés: -- ¿parece, señor mio, que este vino no os agrada?

-- Como vino, ciertamente que no; pero como vinagre me parece escelente.

Esta chanza, aunque dicha por el inglés en tono festivo, irrito al mesonero.

-- Buhonero estrangero, esclamó, ¿quién sois para atreveros á vituperar mi vino, que ha merecido la aprobacion de tantos príncipes, duques y condes del reino (1), barones y caballeros del sacro imperio; cuyos zapatos no sois digno de limpiar? ¿No es de este mismo vino del que el conde Palatino de Nimmersatt bebió tres azumbres sin levantarse de la silla en que estoy ahora sentado?

-- No lo dudo, contestó Philipson, ni me atreveré á acusar aquel honrado señor, de falta de sobriedad, aunque hubiese bebido un doble.

(1) Conde del Reno ó del Rhin, título de dignidad. Dicc. de Cormon.

-- ¡Silencio! burlon impertinente, prorrumpió el huésped, y ahora mismo dadme una satisfaccion, igualmente que al vino que acabais de injuriar, ó de lo contrario haré que no saquen la cena hasta media noche.

Esta amenaza difundió entre los convidados una alarma general. Todos afirmaron que de ningun modo pensaban como el estrangero, y aun hubo algunos que propusieron á Yan-Mengs que castigase al verdadero culpable, haciéndole salir inmediatamente de la posada, antes que hacer recaer las consecuencias de su delito sobre tantos inocentes que tenian tan buen apetito: aseguraron asimismo que el vino era escelente, y en comprobacion apuraron sus vasos dos ó tres de los viajeros; por último, los mas ofrecieron no sus vidas y haciendas, sino el ausilio de sus manos y pies para ejecutar contra el forastero rebelde la sentencia de destierro del meson, á que debia ser condenado; pero mientras esto pasaba el paisano mendicante que habia tenido conversacion con Philipson, como consejero prudente y amigo fiel, trató de calmar aquella cuestion, invitando á Philipson á que se sujetase á la autoridad del mesonero.

-- Humillaos, amigo mio le dijo, doblegad vuestro corazon insensible en la presencia del alto y poderoso señor, del tonel y de la espita: hablo por todos, pues sabe Dios si no, cuanto tiempo durará todavia nuestro ayuno.

-- Amigos mios, dijo Philipson, siento mucho haber ofendido á nuestro respetable huésped, y estoy tan lejos de querer injuriar su vino, que pagaré otro cántaro igual á ese para toda la compañía, con tal que me dispensen de beber mi parte; aunque estas últimas palabras las pronunció en voz baja; pero bien advirtió el inglés, por el gesto que pusieron algunos de los convidados, que sin duda tenian el paladar tan delicado como él, que no á todos agradaria la doble racion de aquel brevage.

El pasagero que habia hablado antes propuso á la compañía que el comerciante inglés; pues él mismo se imponia la pena, pagase la medida de vino que habia dicho; pero no de aquel que habia vituperado, sino de otro mejor que acostumbraba á servirse despues de la comida. Como el ventero, no menos que los convidados, hallaban en esto una ventaja y Philipson no mostró oposicion; la

propuesta fue admitida unánimemente, y Mengs incorporándose en la silla, mandó traer la cena.

Aun hubo que esperar largo rato; pero por fin llegó aquella, aunque fue servida con tanta lentitud, que puso á prueba la paciencia de los convidados. Lo primero que se presentó en la mesa, fue un gran barreño de sopa; siguieron cazuelas de legumbres, y no faltaron carnes cocidas y asadas, con cantidad de pescado salado: tambien hubo platos de entremes, y el llamado Cabial, compuesto de huevos, de pescado y especias, propio para escitar la sed; asi es que no faltó vino, del que se bebió muy bien, á pesar de su mala calidad; pero Philipson lo bebió mezclado con agua.

— ¡Sois dificil de contentar, señor forastero! esclamó el mesonero, arqueando las cejas y mirando al inglés, con aire poco satisfecho. Si os parece fuerte el vino, yo os daré un secreto para disminuir su fuerza; y es que bebais menos cantidad. Nos es indiferente que bebais ó no, con tal que pagueis lo mismo que los demas; y diciendo esto dió una grande carcajada.

Philipson iba á contestarle; pero su nuevo

amigo le hizo señas para que callase, diciéndole en voz baja pues estaba á su lado: --Vos no conoceis los estilos de este pais; no es aqui como en Inglaterra donde cada uno pide en la posada lo que quiere, y aquello es lo que paga: aqui se obra bajo otro principio: nadie pide para sí cosa alguna en particular, tomando cada uno una parte de los manjares que presenta el huésped y cree suficientes para el número de pasageros que hay en su casa: todos pagan lo mismo, sin que haya distincion entre el niño y el anciano, entre el enfermo y el sano, ni el hambriento, ó el que no tiene gana.

-- Costumbre es esta á la verdad, que no me parece muy justa, contestó Philipson; pero un viagero no debe erigirse en juez; en fin ya sé que todos hemos de dar lo mismo cuando se trate de pagar el escote, y diciendo esto calló; pero este silencio tampoco agradaba al mesonero, cuyo natural indolente se iba animando con la bebida; y asi empezó á vomitar sarcasmos contra los sugetos que interrumpen las diversiones.

Philipson contestó sin acalorarse, que sentia mucho no hallarse en estado de poder contribuir á la alegria general; y que asi si se lo

permitian, iba á retirarse á su cuarto, deseándoles la mas completa satisfaccion.

Pero una proposicion semejante que en cualquiera otra parte se hubiera mirado como razonable era para aquella bacanal un hecho de alta traicion.

-- ¿Quién sois vos, prorrumpió Mengs, para tomaros la libertad, de ausentaros de la mesa, sin haber pagado el escote? Aqui, no se consienten tamaños insultos; en otra parte podrais hacerlo; pero en casa de Yans Mengs, en la fonda del toison de oro; jamás permitiré que ninguno de mis huéspedes vaya á acostarse sin haber pagado antes su escote.

El inglés dirigió una mirada á su alrededor, como para asegurarse de sus compañeros, en quienes nada halló que pudiese animarle á sostener su opinion. Si se ha de decir la verdad, pocos eran los que no tuviesen ya la cabeza trastornada con el vino, y los pocos que aun estaban en su sano juicio eran hombres pacíficos, dispuestos á pagar su escote, y casi tambien á creer como el mesonero, que Philipson era un hombre astuto, que trataba de huir de pagar el vino que podia beberse despues de su separacion.

Sí señor, prosiguió el ventero, podeis marcharos cuando querais; pero no será para ir á otra posada, sino al patio á dormir sobre el estiercol; pues para un hombre que quiere ser el primero en dejar la compañía, aun es demasiada buena cama.

-- ¡Bien dicho señor Mengs! prorrumpió un rico comerciante de Ratisbona; y contad con media docena que aqui estamos, para sostener las antiguas y laudables costumbres de la Alemania, y los reglamentos de la fonda del toison de oro.

Segun parecia, eran alemanes tres ó cuatro de los circunstantes.

-- Philipson, sin alterarse dijo: será todo lo que querais vos y vuestros tres compañeros, á quienes el buen vino ha multiplicado hasta el número de seis; pero ya que no puedo irme á acostar, creo no llevareis á mal, que me duerma en el asiento.

-- ¿Qué decis á esto amigo Yan? replicó el comerciante de Ratisbona. El señor, esta borracho, como vos lo veis; pues no sabe decir que tres y uno son seis; y asi pregunta: ¿si podrá dormirse en la silla?

-- El posadero contestó diciendo, lo primero:

que tres y uno solo hacian cuatro. A esto replicó el de Ratisbona, sosteniendo que habia dicho bien; siguiéronse voces acaloradas por todos lados, y no sin gran trabajo consiguió el paisano que se habia hecho amigo de Philipson restablecer el silencio para que le oyesen entonar un jocoso romance.

El inglés aprovechándose de aquella confusion, se apartó algun tanto con el fin de reconciliar el sueño, aunque le fue imposible dormir; pues Mengs no cesaba de gritar contra los que no pedian mas vino. Estando en esto, se oyeron los golpes que daba alguno llamando á la puerta del meson.

-- ¿Quién está ahí? gritó Mengs, arrebatado de cólera. ¿Quién diablos se atreve á llamar á semejantes horas á la puerta del toison de oro, como si fuese algun mesoncillo? Que vaya uno á mirar desde la ventana de la torrecilla. Timoteo, vé á decir á ese impertinente, que nadie entra en la fonda del toison de oro despues de la hora regular.

El criado obedeció al momento oyéndosele á poco la disputa que tenia con el que llamaba y pretendia le abriesen; al cabo de algun rato volvió Timoteo, diciendo á su amo que no po-

dia reducir al forastero á que se retirase, el cual se obstinaba en querer hablar al mismo Mengs en persona. Semejante obstinacion, llenó de cólera al mesonero; el cual levantándose de la mesa con la celeridad del rayo, asió un palo gordo, que sin duda era su insignia de autoridad, y salió diciendo entre dientes yo sé cómo se recibe á los locos. Se asomó á la ventana que caia á la calle, quedándose entre tanto los convidados en el mayor silencio y con gran deseo de ver en qué paraba aquella escena. Sin embargo no sucedió nada de lo que temian, antes al contrario despues de muy pocas palabras que tuvo el posadero con el que llamaba, las cuales no pudieron entender los que estaban á la mesa, oyeron estos no pocos admirados, descorrer los cerrojos y abrir la puerta, subiendo en seguida algunos la escalera: por fin, el mesonero entró en el aposento general, rogando á los convidados con una política no muy síncera, que dejasen sentar á un respetable, viagero que venia á alojarse en aquella casa, aunque un poco tarde. Seguíale un hombre alto envuelto en una ancha capa, luego que se quitó la cual, conoció Philipson claramente que era el mismo que le habia acompañado

desde la ermita, por lo que quizás fue el que menos se admiró de la llegada del nuevo huésped; pero lo que no pudo menos de chocarle, fue el efecto que produjo su arribo inesperado.

Sentóse el recien venido en el puesto preferente que le señaló el mesonero, habiendo hecho antes levantarse al rico comerciante de Ratisbona, que no habló una sola palabra, á pesar de su celo por las buenas y rancias costumbres de Alemania, su inalterable fidelidad á los reglamentos de aquella posada, y su conocida adhesion á los vasos llenos de vino.

Semejante á la cabeza de Medusa, cuya vista segun la fábula convertia en piedras á cuantos la miraban, el recien llegado heló con su presencia á todos los convidados, que se abstuvieron de hablar y aun dejaron de beber, habiendo sido infructuosas dos, ó tres tentativas que hizo alguno de los concurrentes para restablecer la alegria; de modo que hubiera podido decirse que aquel festin se habia convertido en duelo.

Un hombrecillo de mala figura, que segun se supo despues, era un sastre de Ausburgo, queriendo sin duda manifestar un grado supe-

rior de ingenio, empezó á hacer esfuerzos para que renaciese la amortiguada alegria; pero le salió fallida su empresa, y Graciano, que era el nombre del que estaba sentado al lado de Philipson, se negó á repetir su cancion. Entre tanto el nuevo huésped, concluyó la cena frugal que le presentó Mengs, y habiendo dado el relox de la ciudad la una, dijo el forastero que era preciso levantarse ya de la mesa, como lo hicieron en efecto despues de haber dado gracias á Dios, á cuyo acto les animó el recien llegado, diciendo estas palabras: -- hermanos mios, hemos alimentado nuestros cuerpos, roguemos ahora al cielo nos conceda las disposiciones necesarias para una buena muerte, la cual sigue á la vida tan indefectiblemente, como la noche al dia, y como la oscuridad á la luz, siendo cosas tan inciertas para nosotros, el tiempo y el lugar.

Todos los convidados hicieron la oracion acostumbrada, y se dispusieron á dejar la mesa; aunque el desconocido fue quien primero y mas pronto lo ejecutó.

Luego que aquel hombre singular se apartó de la compañía, todos los demas empezaron á hacerse señas y aun á preguntarse en voz baja,

y el mismo Philipson se acercó á Graciano, preguntándole quién era aquel sugeto á quien dijo habia encontrado en el sitio de la barca, y cómo habia podido transformar en hombres mudos á tantos alegres bebedores.

Pero Graciano, sin contestar palabra y encogiéndose de hombros, se apartó del inglés, como para evitar que le hiciese nuevas preguntas.

Los modales del mesonero, que se presentó en este momento, parecian mas regulares que antes. Mandó a su antiguo criado, que sirviese á los convidados la copa de la noche, ó de la almohada, que era un licor destilado y preparado con especias; durante lo cual, Yan-Mengs, con una política muy superior á la que habia usado hasta entonces, dijo á sus huéspedes, que desearia quedasen satisfechos del modo con que habian sido tratados, á lo que todos contestaron que lo estaban. Mientras duraba este coloquio de urbanidad, el viejo Timoteo, escribia con un pedazo de yeso en el reves de una hortera la cuenta del gasto, y habiéndose hecho la division entre el número de convidados, hizo pasase de mano en mano la hortera, para que cada uno se cerciorase de la

exactitud de su cálculo, y aprontase la parte que le correspóndia en el escote.

Cuando el fatal plato llegó á Graciano su semblante mudó de color, y como Philipson conociese la causa, pagó su parte y la de aquel miserable, el cual le dió gracias infinitas, que hubieran sido tal vez prolijas, si el huésped no se hubiera acercado con una luz en la mano, convidando al inglés á llevarle á su cuarto, cargando al mismo tiempo con los fardos de su equipage.

— No os tomeis tanta incomodidad, dijo el comerciante, no poco admirado de ver un cambio tan repentino.

— Nunca será demas contestó Mengs, para con un huésped que acaba de recomendarme un hombre, para mí respetable, y diciendo esto abrió el posadero un cuartito donde habia una cama preparada para el viagero: aqui podeis descansar, añadió, hasta la hora que mas os agrade, pudiendo tambien permanecer en mi casa todo el tiempo que os diete la gana: ésta llave pondrá vuestros efectos á cubierto del robo, y del saqueo. No creais que hago lo mismo con todos los pasageros, pues si á cada uno le ofreciese una cama separada, todos

querrian comer separadamente, y entonces, buenas noches, antiguas costumbres de Alemania. En seguida colocó los fardos en un rincon rogando despues al ingles en una especie de discurso apologótico, le dispensase la groseria de su conducta; espero le dijo, que no haya entre nosotros ningun rencor, pues debeis saber, mi digno huésped, que antes bajará un oso de las montañas á hacer habilidades como un mono, que uno de nosotros viejos y ásperos alemanes, llegue á hacer cortesías como un fondista frances ó italiano; pero tambien debeis tener presente, que si nuestros modales son toscos, nuestros escotes son razonables, y que jamás engañamos sobre la calidad de los manjares. No sabemos engañar con reverencias y gestos, haciendo pasar el vino de la Mosela por rico licor del Rhin, ni estafamos al viagero como hace el astuto italiano con el mismo á quien él llama *ilustrísimo* y *magnífico*.

Estas palabras parecieron ser el fondo de la retorica de Mengs, pues luego que las pronunció, volvió toscamente la espalda y se retiró.

Aunque Philipson no deseaba prolongar su conversacion con aquel hombre, hubiera que-

rído sin embargo preguntarle alguna cosa á cerca del desconocido; de aquel hombre singular que con una sola palabra hacia embainar los puñales de los bandidos de Alsacia acostumbrados al pillage, ser cuerdos á los bebedores, y cambiar en urbanidad la groseria inurbana de un posadero aleman. Tales eran las reflexiones que el inglés se hacia á sí mismo mientras se desnudaba con el dulce anhelo de ir á gozar un descanso que tanta falta le hacia despues de tantos riesgos y fatigas como habia sufrido en aquella jornada.

CAPÍTULO VI.

Macbeth.

¡Hijas de la noche, negras y misteriosas hadas ¿qué haceis?

Las Hadas.

Una cosa que no tiene nombre.

Shakespeare.

Hemos dicho en el capítulo precedente, que despues de un dia de fatiga estraordinaria, y agitacion poco comun, el comerciante inglés deseaba, como es natural, dar treguas á tanta pena con un sueño profundo y tranquilo, lo cual sin disputa es el remedio mas eficaz para restablecer el equilibro de las funciones vitales; pero apenas se habia acostado en aquel humilde lecho, conoció que su cuerpo exausto de fuerzas, se hallaba poco dispuesto á ceder á los encantos de Morfeo: la agitacion

de su espíritu habia sido demasiado grande para poderse entregar al reposo con tanta celeridad como le era necesario. Teniale inquieto la suerte dudosa de su hijo; pensaba continuamente en el resultado que podia tener su mision cerca del duque de Borgoña; y en fin otros muchos pensamientos ofuscaban su imaginacion, trayéndole á la memoria acontecimientos pasados ó presentimientos venideros.

Hacia cosa de una hora que Philipson estaba acostado, y aun no habia podido reconciliar el sueño cuando se les figuró que se hundia la cama perciviendo aunque sordamente el ruido que hacian las cuerdas y las poleas: sin embargo el cuidado con que le bajaban, era sumo, y asi no pudo menos de estender las manos para cerciorarse si en efecto bajaba, como lo reconoció, viendo que su cama habia sido colocada sobre una trampa, que se iba hundiendo, aunque sin saber á dónde.

Facil es de considerar el terror que se apoderaria del inglés en semejantes circunstancias pero como hombre acostumbrado á arrostrar los peligros, formó espíritu, y resolvió defenderse, luego que llegase á un terreno firme. Aunque avanzado en edad, no carecia Philip-

son de fuerzas, y sobre todo tenia presencia de ánimo, y mucha prudencia, lo cual es muchas veces mas importante que las facultades físicas.

Apenas tocó la cama en el pavimento inferior de aquel abismo desconocido, cuando dos hombres que parecia estaban de antemano colocados asieron fuertemente al inglés, cada uno por su lado, impidiéndole de este modo realizar su proyecto de defensa; atáronle en seguida de pies y manos, viéndose obligado de este modo á permanecer tendido, esperando el fin de aquella terrible aventura y sin que le quedase otra accion que la de poder volver la cabeza á un lado y á otro.

En tan terrible conflicto, y en medio de la mas negra oscuridad, llegó á descubrir muchas luces que atravesaban de una parte á otra en distintas direcciones y á muy larga distancia; de lo que infirió que se hallaba en algun subterráneo de mucha estension. El número de las luces se aumentaba cada vez mas, y á proporcion que se acercaban, pudo reconocer el comerciante, que las traian unos hombres vestidos con largos sacos negros, y cubiertas las cabezas con grandes capuchas del mismo color,

lo cual impedia se les viese el rostro: pareciendo ocuparse todos en medir con esmero, cierta parte del subterráneo, cantando al mismo tiempo en lengua alemana, una cancion que Philipson á penas pudo comprender; pero cuya esencia era como sigue:

Del bien y el mal tasadores,
Traed aqui pronto el nivel,
Y la escuadra y la plomada
Y el triste altar disponed.
Cavad pronto la hoya aciaga:
La sangre debe correr
Revosando por la zanja
Desde que brote á su vez.
A dos toesas de distancia
El banco del juez poned
Y que medie igual espacio
El que del reo ha de ser,
Del tribunal que pronuncie
Sobre el destino de aquel.
Al oriente esté el consejo,
El reo al ocaso esté.
Ahora hermanos decid todos
¿Estan prontos?.... Responded.

A cuyos versos contestaron los demas en coro, aunque salian las voces de distintos sitios; lo que daba márgen á creer que eran muchos los asistentes, los cuales con corta diferencia respondieron lo que sigue.

Por nuestra vida y nuestra alma
Y esta sangre y osamentas
Juramos haber cumplido
Lo que mandan nuestras reglas.

Los primeros, volvieron á cantar.

¿En qué punto de su curso
Ahora la noche se encuentra?
¿Adorna ya el firmamento
De la aurora la luz bella?
Y el matutino lucero
En el Rhin su luz refleja
El cántico de las aves,
Ya madrugador, increpa
Del dia al Dios soñoliento
Que se atrasa en su carrera,
Examinad conciudadano
El monte, el valle y la selva,
Diciéndonos en qué punto

Ahora la noche se encuentra.

El coro contestó aunque no en voz tan alta como la primera vez:

La noche avanza en su curso;
Pero aun en el Rhin brillan
Las refulgentes estrellas,
Su constante compañía
Al Oriente en las montañas
Ningun rayo anuncia el dia;
Pero una voz se percibe
Que del Rhin partiendo viva
Pidiendo sangre acá llega.

El mismo coro añadió;

Levantémonos de prisa
Cuando el sol aun no despierta
¿Quién podrá estar en vigilia?
Preparaos á la causa:
Pues la venganza nos dicta
No dormir al ver la noche
Quc á sus intentos se alinea.

El sentido de estos versos, hizo compren-

der bien pronto á Philipson que se hallaba en presencia de los iniciados ú hombres sábios, nombres que entonces se daban á los miembros de un famoso tribunal denominado secreto, que subsistia en Suevia, en Franconia y en otras provincias de la parte oriental de la Alemania, conocidas con el nombre de pais rojo; sin duda á causa de las frecuentes y terribles ejecuciones que se verificaban en él, en virtud de las condenas del citado tribunal. Philipson habia oido decir muchas veces que un franco condado, esto es, uno de los gefes del tribunal secreto, tenia algunas veces sus sesiones secretas en la orilla izquierda del Rhin, manteniéndose aquella secta en la Alsacia, con la obstinacion peculiar de semejantes lógias, aunque Cárlos duque de Borgoña habia manifestado varias veces su deseo de descubrir la existencia de aquellos sectarios y destruir su poder, aunque temia la negra traicion de los muchos iniciados.

Estas consideraciones hicieron nacer en el pensamiento del inglés la idea de que el desconocido que le habia acompañado desde la barca, y que á deshora habia entrado en la posada, llenando de terror á los convidados;

fuese sin duda algun gefe de aquella asociacion pues aunque sus secretos eran tan misteriosos, sin embargo no dejaba de señalarse á algunos como investidos del terrible poder del *Vehmegerich*, ó tribunal de las cuerdas. Cuando semejantes sospechas recaian sobre un sugeto, se suponia que le eran conocidos todos los delitos, que contra la secta se cometian en la estension de su jurisdiccion, lo cual le hacia ser mirado de todos con cierto odio, mezclado de un temor real, y de un respeto aparente.

Todas estas reflexiones, que aun mismo tiempo se presentaron á la mente de Philipson, le hicieron entender claramente, que iba á ser juzgado por un tribunal que á nadie perdonaba, y cuyo poder era temido en todas partes: no obstante el inglés confiaba en que aquellos jueces procederian en sus fallos, con arreglo á ciertas fórmulas, y en todo caso, confiaba en su inocencia; por lo que tranquilizando su espíritu lo mejor que le fue posible, trató de buscar los medios de apartar de sí el peligro que divisaba á lo lejos.

Por ultimo, aquellas fantasmas animadas se reunieron en el centro del subterráneo, pareciendo se colocaban en orden, alumbrando la

estancia multitud de antorchas, que dejaban ver claramente la escena; pero detengámonos aquí un momento para examinar detenidamente sombrío espectáculo que se presentaba á la vista del angustiado comerciante.

Elevábase en el centro de aquella reunion un túmulo, detrás del cual habia colocados dos bancos largos cubiertos de paño negro, en cada uno de los cuales habia un cierto número de personas que parecian ser los jueces de aquella asamblea. Ademas de aquellos jueces, habia un gran número de personas colocadas alrededor, como si estuviesen guardando las diferentes avenidas del subterráneo, estando otros detrás de los bancos, como si esperasen para ejecutar las órdenes de sus superiores.

Volvamos ahora á nuestro honrado Philipson, el cual, aunque conocia el inminente riesgo á que estaba espuesto, conservaba sin embargo toda la serenidad y firmeza de que era susceptible en semejante apuro.

Luego que estuvo reunido el tribunal fueron colocados sobre el túmulo los emblemas de su autoridad, consistentes en una espada desnuda y una cuerda enrroscada. El presidente, que ocupaba el centro de los bancos se le-

vantó en seguida, y colocando su mano sobre aquellos símbolos, pronunció en voz alta el juramento que espresaba los deberes de aquel tribunal, el cual fue repetido por todos los asistentes; concluido lo cual, el presidente se dirigió á la asamblea, preguntando por qué causa aquel hijo de la cuerda (1) habia sido traido á su presencia atado de aquella manera. Uno de los jueces se levantó al punto, y con voz alterada, aunque no le era desconocida á Philipson, se declaró su acusador.

— Conducid al prisionero, dijo el presidente; que se tenga cuidado de él, segun lo prescriben nuestras leyes; pero que sea sin usar de severidad, á fin de que pueda prestar toda atencion á lo que va á pasar en este tribunal, sin que pueda impedírsele de modo alguno el oir y contestar á cuanto le fuere preguntado.

Al oir esto, seis de los asistentes que estaban detrás de los bancos, asieron la cama del inglés, y la trajeron hasta el pie del túmulo: todos desembainaron entonces sus puñales, escepto dos que se pusieron á desatar al prisio-

(1) Nombre que se daba á los acusados ante aquel temible tribunal.

nero, el cual fue advertido de que no hiciese ninguna tentativa para escaparse, pues al menor movimiento seria cosido á puñaladas.

-- Levántate, le dijo el presidente, y escucha la acusacion que va á pronunciarse contra tí: está seguro de que en nosotros hallarás unos jueces tan justos como inflexibles.

Philipson con la mayor serenidad se resvaló hasta los pies de la cama, donde permaneció sentado, teniendo enfrente de sí al terrible presidente de aquella negra asamblea; y aunque podia decir que estaba en el valle de la sombra de la muerte, rodeado de innumerables lazos, y en la mas profunda oscuridad; sin embargo, se hallaba Philipson tranquilo y sosegado, como hombre de buena conciencia.

El presidente le preguntó en seguida su nombre, su pais, y su profesion ú oficio.

-- Juan Philipson, respondió el prisionero, de nacion inglés, y de ejercicio comerciante.

-- ¿No habeis tenido jamás otro nombre ni seguido otra profesion?

-- He sido soldado, y entonces, como otros muchos, era conocido bajo otro nombre en el ejército.

-- ¿Qué nombre era ese?

-- Le dejé cuando me aparté del servicio militar, y no tengo deseo alguno, ni es menester que se sepa qué nombre fue aquel.

-- ¿Sabeis ante quien estais?

-- Lo sospecho á lo menos.

-- Pues decidnos, qué sospechais, quién somos nosotros, y por qué os han traido á nuestra presencia.

-- Me parece que estoy en presencia de los incognitos, ó ante el tribunal Secreto.

-- En este caso ya sabeis que estarias mas seguro colgado de los cabellos sobre el abismo de Schaufe, ó si tuviérais la cabeza colocada bajo un acha pesada, que pendiese de una hebra de seda, que en presencia de tan austero tribunal. ¿Qué has hecho para merecer tal destino?

-- Que respondan á eso los que me han traido aqui, contesto el ingles con la mayor serenidad.

-- Hablad vos acusador, dijo el presidente: hablad á los cuatro ángulos del universo, á los oidos de los jueces-francos de este tribunal, y á los fieles ejecutores de sus sentencias; y en presencia de este hijo de la cuerda, que niega ú oculta su delito; probad lo verdadero de vuestra acusacion.

Formidable júez, contestó el acusador, dirigiéndose al presidente; este estrangero ha entrado con un nombre supuesto, en el territorio sagrado que se denomina Pais-Rojo, encubierto con una profesion, que no es verdaderamente la suya. Cuando se hallaba aun al oriente de los Alpes, ha hablado de este respetable tribunal distintas veces y en términos de odio y de desprecio, diciendo que si él fuese duque de Borgoña, no permitiria que se estendiese desde la Suevia hasta sus dominios; acuso ademas al que se halla en presencia vuestra, como hijo de la cuerda, y cuyo corazon alimenta tan malas intenciones contra este tribunal, de haber manifestado su intento de ir á la Corte del duque Cárlos, y emplear en ella el crédito de que se jacta, para empeñar al Duque en que prohiba nuestras asociaciones en sus estados, castigando con penas aflictivas á nuestros oficiales.

-- Grave es la acusacion, hermano mio, dijo el presidente, luego que el acusador cesó de hablar; ¿y cómo pensais probarla?

-- Conforme al tenor de nuestros secretos estatutos.

— Está bien; pero os pregunto qué medios teneis de prueba.

— Probaré mi acusacion, con la confesion del mismo acusado, y con mi juramento sobre el hierro y la cuerda.

— La prueba es legal, dijo uno de los miembros de aquella asóciacion, y conviene para la seguridad de nuestras instituciones, que semejantes crímenes no queden impunes. Los ejércitos del duque Cárlos están llenos de estrangeros, y principalmente de ingleses, dispuestos á esforzarse contra este tribunal; no ignoramos que el mismo Duque ha escitado el encono contra nuestros oficiales en muchos de sus dominios en Alemania, y por consecuencia se han visto varios hijos de la cuerda, que en lugar de someterse á su destino con resignacion y respeto, han tenido bastante audacia para oponerse á los ejecutores del tribunal, y aun han herido y muerto á los encargados de ejecutarlos. Es preciso poner término á este espíritu de rebelion, y si llega aprobarse que el acusado sea uno de los muchos que alimentan y protejen tales doctrinas, conviene que hagan su deber, el hierro y la cuerda.

Un murmullo general que se levantó en la asamblea hizo conocer que los mas aprovaban la opinion del orador; pues todos conocian que solo el terror podia mantener la autoridad de aquella sombria secta, por tanto les convenia inmolar de tiempo en tiempo una víctima, y no podia presentarse otra mas inerme que un viagero, estraño y desconocido. Todas estas ideas se presentaron de repente en el ánimo de Philipson, aunque no le impidieron responder con firmeza á la acusacion.

—Señores, les dijo: conviene que sepais, que me he hallado ya en peligro tan inminente como ahora, y que no por eso me he acobardado; esas cuerdas y puñales no bastan para amedrantar á quien ha visto delante de sí, lanzas y espadas desnudas; por tanto responderé que soy inglés, hijo de una nacion donde se administra la justicia á la luz del dia, y no en oscuros calabozos: soi un viagero, y como tal, ningun derecho tengo para impugnar las leyes y costumbres del pais por donde camino, sin otra razon, que no ser semejantes á las de su patria; pero esta no es aplicable, sino á los paises donde rigen las leyes que se critican; pues si estando en España, ó en Italia, hablá-

semos de las costumbres de Alemania, podriamos sin causar la mas leve ofensa, discutir aquellas como si fuera una thesis filosófica. Se me acusa de haber hablado contra este tribunal en Turin, ó en otro punto del Norte de la Italia, convengo en que he dicho algo; pero fue por consecuencia de una cuestion acalorada en que me fue preciso manifestar mi sentir, para lo cual fuí invitado muchas veces.

— ¿Y ese sentir vuestro fue favorable, ó contrario al respetable tribunal, ante el cual os hallais? decid la verdad; pues teneis la vida pendiente de un hilo.

— No soy capaz de querer apartar la muerte á costa de una mentira: mi opinion fue contraria; pues no puede haber leyes ni procedimientos judiciales, que merezcan alavarse, cuando no tienen otro impulso que el que les dá una asociacion secreta y tenebrosa: añadí que no debia haber justicia que no fuese pública, y que cuando no lo era, podia mas bien llamarse odio y venganza: finalmente, dije que un sistema, como el vuestro, que se desentiende de todas las leyes de la naturaleza, debia precisamente ser contrario á la religion y buenas costumbres.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se oyeron varias voces de los que estaban sentados en los bancos, que gritaban: -- ¡que se le cierre la boca para siempre, pues blasfema contra este respetable tribunal!

-- Escuchadme, replicó el inglés; escuchadme, segun deseariais ser vosotros mismos escuchados algun dia. Digo que tales eran mis sentimientos y que asi los espresé: tambien digo que me creí con derecho de poderlo hacer así, con razon, ó sin ella, en un pais neutral, donde no tenia asiento la jurisdiccion de este tribunal: no os negaré que pienso lo mismo ahora, y que pensaré siempre lo propio aun cuando hubiera de atravesarme el pecho esa espada, ó ahogarme esa cuerda; pero lo que siempre negaré, es el que haya yo hablado contra vuestras instituciones en ningun pais donde hayan tenido autoridad: niego tambien y aun con mas fuerza si es posible, la absurda calumnia suscitada contra mí, simple viagero, queriendo decir que mi intento es ir á conferenciar con el Duque, sobre la destruccion de estas asambleas; cosa que ni aun he pensado.

-- Acusador, dijo el juez, ya habeis oido al acusado: ¿qué teneis que añadir?

-- Ha confesado en presencia de este elevado tribunal, la primera parte de la acusacion; conviniendo en que su lengua impia, ha calumniado nuestras encumbradas instituciones, delito por el cual, merece se le arranque la lengua. En cuanto á lo demas, probaré con juramento oficial, segun nuestros usos y costumbres, que hay tanta verdad en mi asercion, como en lo mismo que él ha confesado.

-- En términos de justicia, dijo el inglés; cuando una acusacion no se apoya en pruebas satisfactorias, el juramento deberia transferirse al acusado, en vez de permitirse al acusador, pudiéndole servir de instrumento para encubrir los defectos de su acusacion.

-- Estrangero, replicó el presidente, hemos permitido á tu ignorancia que haga una defensa mas dilatada y estensa de lo que prescriben nuestras formulas ordinarias: sabe que cuantos disfrutan el honor de sentarse en esta asamblea, son hombres de elevada gerarquia; y que el juramento de un iniciado debe valer mas que el mas solemne de otro cualesquiera.

-- En este caso, dijo el inglés, con profundo respeto: el Todo Poderoso me conceda su gracia; pues solo en él debo esperar. Sin em-

bargo, aun no sucumbiré sin hacer un último esfuerzo: yo apelo á tí mismo, hombre tenebroso, que presides tan feroz asamblea, y te emplazo para que declares sobre tu fé y conciencia, si me crees culpable de lo que afirma con tanto atrevimiento mi infame acusador; te emplazo.....

-- ¡Silencio! prorrumpió el presidente, y dirigiéndose despues al tribunal y al prisionero, añadió: -- si se exige mi testimonio, diré que la acusacion intentada contra tí es verdadera como tú mismo lo has confesado, en cuanto á haber hablado indiscretamente de este tribunal respetable en comarcas distintas del pais-rojo; pero en cuanto á lo demas de la acusacion, me atrevo á jurar que es falso é increible. Ahora, hermanos mios, decid vuestra opinion en este particular.

Uno de los jueces mas inmediatos al presidente levantándose de su asiento, aunque teniendo como los demas el rostro cubierto, y cuya voz manifestaba una edad avanzada, dijo aunque con dificultad.

-- El hijo de la cuerda que está en presencia nuestra, ha sido convencido de locura y temeridad, habiendo hablado en términos in-

juriosos de nuestras respetables instituciones; pero sus palabras se dirigian á hombres que ignoraban nuestros secretos. Por otra parte ha sido declarado por testimonio irrefragable, como inocente en haber tramado maquinaciones para socavar nuestra autoridad é incitar á los príncipes contra nuestra asociacion respetable, crimen para el cual seria poco castigo la muerte, y como esta sea la única pena á que condenan nuestras leyes, soy de parecer, que este hijo de la cuerda sea restituido á la sociedad y al mundo superior, sin que se le haga la menor injuria; despues que se le haya amonestado debidamente por sus herrores é ignorancia.

— Hijo de la cuerda, dijo el presidente, acabas de oir la sentencia, que te perdona; pero si deseas volver á ver la luz del sol, aprovechate del consejo que voy á darte. Guarda en tu pecho cuanto has visto aqui, como un secreto que no debe comunicarse ni á padre ni á madre, ni á esposa ni á hijos, ni debe pronunciarse callando ni en voz alta, que tampoco debe divulgarse en palabras de escritos, con signos ni figuras, ni de ningun otro modo directo ni indirecto. Si obedeces esta orden tu vida esta-

rá segura, y tu corazon podrá entregarse á la alegria; pero no te juzgues jamás, fuera del alcance de este tribunal formidable: mil leguas que estuvieses distante del País-Rojo, aun cuando te hallares en sitios donde no se conociese nuestro poder, y aun cuando te encontrases en tu pais natal, cercado del grande Occéano que le rodea, te advierto, que tiembles siempre que te acordares de estos jueces invisibles, y que encierres en tu pecho cuantos pensamientos te ocurran respecto á este misterio; pues quizás el vengador no distará de tí, y tu presuncion podria ser tu ruina. Retírate, sé prudente, y que siempre te acompañe el temor del tribunal Vehmé (1).

Al decir esto todas las luces fueron apagadas con un ruido semejante al silvido del viento, y Philipson en la oscuridad se sintió asir de nuevo por los satélites que le rodeaban, á los cuales no opuso resistencia alguna. Volvieronle á estender sobre la cama, llevándole despues al mismo parage de donde le habian traido, lo que conoció al sentirse elevar, sin duda en

(1) Asi se llamaba el tribunal secreto, en aquella parte de la Alemania.

la misma trampa en que lo habian bajado: en efecto, á poco rato sintió un leve choque que hizo aquella con el pavimento del cuarto en que Mengs le habia dejado para descansar.

Philipson levantándose al punto de la cama se hincó de rodillas para dar gracias á Dios que le habia libertado de tan grande riesgo; pero volvamos á su hijo á quien hace tiempo que perdimos de vista.



CATÁLOGO

DE LAS OBRAS QUE SE HALLAN VENALES EN LA LIBRERÍA DE *Jordan*, CALLE DE LA CONCEPCION GERÓNIMA.

Amelia ó desgraciados efectos de la estremada sensibilidad: 1 tomo en 12.° á 6 rs. en pasta.

Anastasia ó la recompensa de la hospitalidad anécdota, historia de un casto amor: 1 tomo en 12.° á 8 rs. en pasta.

Aventuras y vida de Guzman de Alfarache atalaya de la vida humana: 1 tomo en 8.° con 7 láminas á 20 rs. en pasta.

Atala ó los amores de dos salvages en el desierto: 1 tomo en 8.° á 8 rs. en pasta.

Almeida y Rogerio ó la ermita del monte de S. Valentin: 2 tomos en 8.° á 18 rs. en pasta.

Bosquejo Geográfico-Histórico del universo, ó Breve discrepcion de la tierra con noticias históricas sacadas de los autores mas auténticos, para uso de la juventud 1 tomo en 8.° á 12 rs. en pasta.

Celia ó la buena hija Rosa: 2 tomos en 12.° á 14 rs. en pasta.

Cartas sobre la Italia considerada con respecto á la religion: 3 tomos en octavo mayor á 36 rs. en pasta.

Coleccion de refranes, adagios y Locuciones proverbiales con sus esplicaciones é interpretaciones: 1 tomo en octavo á 8 rs. en pasta.

Celina, novela helveciana con la del impio y Amelia; 1 tomo en octavo á 8 rs. en pasta.

Castillo Misterioso ó el huérfano heredero: 2 tomos en octavo á 14 rs. en pasta.

Carrolina de Lichdfield: 3 tomos en dozavo á 24 rs. en pasta.

Daminville y Felisa ó el vicio castigado y la virtud recompensada: 1 tomo en dozavo á 10 rs. en pasta.

Despertador Eucarístico, y dulce convite para las almas enardecidas en el dulce amor de Jesus Sacramentado: 1 tomo en octavo á 6 rs. en pasta.

Doctrina Moderna para los sangradores, en la cual se trata de la flevotomia y arterotomia, de la aplicacion de las ventosas, de las sanguijuelas, 1 tomo en octavo á 6 rs. en pasta.

Discursos críticos sobre las leyes (Por Castro): 2 tomos en cuarto á 56 rs. en pasta.

Dísticos de Caton con escolios de Erasmo: 1 tomo en octavo á 12 rs. en pasta.

Discurso Histórico político sobre el origen y vicisitudes de los espectáculos y diversiones públicas en España: 1 tomo en cuarto á 12 rs. en rústica.

Enrique y Sinforosa, ó los tres amigos virtuosos; tres tomos en octavo con seis láminas á 28 rs. en rústica y 34 en pasta.

El Filósofo hecho cristiano por la contemplacion de la naturaleza; un tomo en octavo á 12 rs. en pasta.

El Subterráneo habitado, ó Timancio y Adela; un tomo en octavo á 8 rs. en rústica y 10 en pasta.

El Valdemaro: 2 tomos en octavo á 16 rs. en pasta.

Evangelio meditado: 12 tomos en octavo á 144 rs. en pasta.

Fábulas de Florian; un tomo en octavo con 52 láminas á 10 rs. en pasta.

Fisonomia y varios secretos de naturaleza: 1 tomo en octavo á 10 rs. en pasta.

Gonzalo de Córdova ó la conquista de granada: 2 tomos en octavo á 18 rs. en pasta.

Gomez Arias, ó los moros en las Alpujarras; tres tomos en octavo con tres láminas á 30 rs. en rústica y 36 en pasta.

Guia del oficial particular para campaña: 3 tomos en ectavo á 44 rs. en pasta.

Guerra de Granada hecha por el Rey don Felipe II, contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes: 1 tomo en octavo mayor á 16 rs. en pasta.

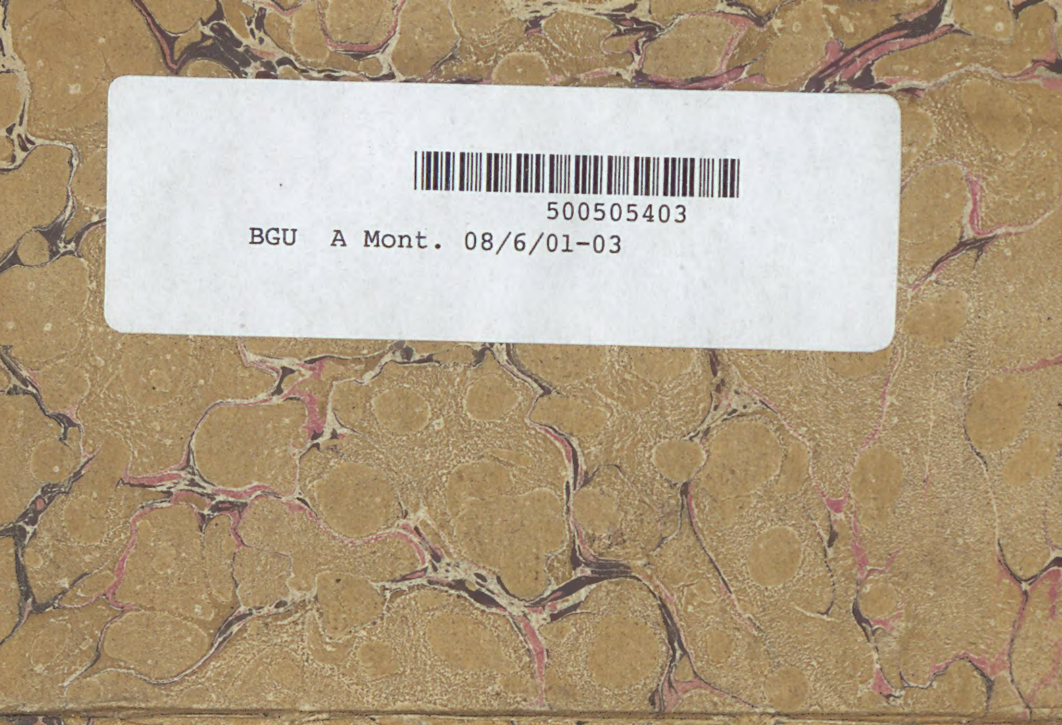
Heroismo del amor y de la amistad, ó el caballero de san Jorge: 1 tomo en octavo á 14 rs. en pasta.

Historia de John Moore regicida del Rey Cárlos primero de Inglaterra y del conde de Derbi: 2 tomos en octavo á 22 rs. en pasta.

Historia familiar de unos ilustres ingleses; cuatro tomos en dozavo á 40 rs. en pasta.

Isabel ó los desterrados de Siberia: 1 tomo en octavo á 10 rs. en pasta.




500505403
BGU A Mont. 08/6/01-03


EL
3
MONT. 8
6 / 2



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm